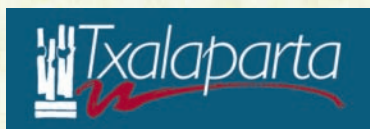


John Reed

Diez días que estremecieron al mundo



Título: Diez días que estremecieron al mundo

Título original: Ten days that shook te world

Autor: John Reed

Traducción: Angel Pozo Sandoval

Portada y diseño de colección: Esteban Montorio

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

Apdo. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703 934

Fax 948 704 072

txalaparta@txalaparta.com

www.txalaparta.com

Primera edición

Nueva York, 1919

Primera edición de Txalaparta

Tafalla, enero de 2007

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

Realización gráfica

Monti

Impresión

RGM

I.S.B.N.

978-84-8136-478-1

Depósito legal

BI-102-07

The logo for Txalaparta features a stylized graphic of three vertical bars of varying heights on the left, followed by the word "Txalaparta" in a serif font. A decorative, wavy line underlines the text.

Prefacio para la edición norteamericana

Después de leer con vivísimo interés y profunda atención el libro de John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*, recomiendo esta obra con toda el alma a los obreros de todos los países. Quisiera ver este libro difundido en millones de ejemplares y traducido a todos los idiomas, pues ofrece una exposición veraz y escrita con extraordinaria viveza de acontecimientos de gran importancia para comprender lo que es la revolución proletaria, lo que es la dictadura del proletariado.

Estas cuestiones son ampliamente discutidas en la actualidad, pero antes de aceptar o rechazar estas ideas, es preciso comprender toda la trascendencia de la decisión que se toma. El libro de John Reed ayudará, sin duda, a esclarecer esta cuestión, que es el problema fundamental del movimiento obrero mundial.

V.I. Lenin (1919)

Prefacio para la primera edición rusa

Diez días que estremecieron al mundo es el título que John Reed ha dado a su asombrosa obra. Este libro describe, con una intensidad y un vigor extraordinarios, los primeros días de la Revolución de Octubre. No se trata de una simple enumeración de hechos, ni de una colección de documentos, sino de una serie de escenas vividas y a tal punto típicas, que no pueden por menos de evocar, en el espíritu de los que fueron testigos de la revolución, episodios análogos a los que ellos presenciaron. Todos estos cuadros, tomados directamente de la realidad, traducen de manera insuperable el sentimiento de las masas y permiten así captar el verdadero sentido de los diferentes actos de la gran revolución.

Se antoja extraño, a primera vista, que este libro lo haya escrito un extranjero, un americano que ignora la lengua del país y sus costumbres. Al parecer, tendría que haber caído, a cada paso, en los errores más ridículos y omitido factores esenciales.

No suelen escribir así los extranjeros sobre la Rusia soviética. O no entienden los acontecimientos, o generalizan los hechos aislados, que no siempre son típicos. Lo cierto es que casi ninguno fue testigo personal de la revolución.

John Reed no fue un observador indiferente. Revolucionario apasionado, comunista, comprendía el sentido de los acontecimientos, el sentido de la gigantesca lucha. De ahí esa

agudeza de visión, sin la cual no habría podido escribir un libro semejante.

Tampoco los rusos hablan de otro modo de la Revolución de Octubre: o bien formulan un juicio general, o bien se limitan a describir los episodios de que fueron testigos. El libro de John Reed ofrece un cuadro de conjunto de la insurrección de las masas populares tal como realmente se produjo y, por ello, tendrá una importancia muy particular para la juventud, para las generaciones futuras, para aquéllos a cuyos ojos la Revolución de Octubre será ya historia. En su género, el libro de John Reed es una epopeya.

John Reed está inseparablemente unido a la Revolución rusa. Amaba la Rusia soviética y se sentía cerca de ella. Abatido por el tifus, su cuerpo reposa al pie de la Muralla Roja del Kremlin. Quien ha descrito los funerales de las víctimas de la Revolución como lo hizo John Reed, merece tal honor.

N. Krupskaya

Prefacio

Este libro es un trozo condensado de historia tal como yo la vi. No pretende ser más que un detallado relato de la Revolución de Noviembre* en que los bolcheviques, al frente de los obreros y soldados, conquistaron el poder del Estado en Rusia y lo entregaron a los Soviets.

Naturalmente, una gran parte del libro está dedicada al “Petrogrado Rojo”, capital y corazón del levantamiento. Pero que el lector tenga presente que todo lo sucedido en Petrogrado –con distinta intensidad y a intervalos diferentes– se repitió casi exactamente en toda Rusia.

En este libro, primero de la serie en que trabajo, tendré que limitarme a registrar los acontecimientos que yo vi y viví personalmente o que han sido confirmados por testimonios fidedignos; va precedido de dos capítulos que describen brevemente la situación y las causas de la Revolución de Noviembre. Comprendo que no será fácil leer estos capítulos, pero son verdaderamente esenciales para comprender lo siguiente.

Ante el lector, como es lógico, surgirán muchas preguntas. ¿Qué es el bolchevismo? ¿Qué tipo de estructura gubernamental crearon los bolcheviques? Si antes de la Revolución

* John Reed da todas las fechas según el nuevo calendario. En la presente edición se indican entre paréntesis las fechas del viejo calendario (N. de la Ed.).

de Noviembre lucharon por la Asamblea Constituyente, ¿por qué luego la disolvieron por la fuerza de las armas? Y si la burguesía se oponía a la Asamblea Constituyente hasta que el peligro bolchevique se hizo evidente, ¿por qué más tarde se convirtió en su adalid?

A éstas y otras muchas preguntas no puede darse respuesta aquí. En otro volumen, *De Kornilov a Brest-Litovsk**, trazo el curso de la revolución hasta la conclusión de la paz con Alemania. Allí muestro el origen y las funciones de las organizaciones revolucionarias, la evolución de los sentimientos del pueblo, la disolución de la Asamblea Constituyente, la estructura del Estado soviético, el curso y los resultados de las negociaciones de Brest-Litovsk.

Al examinar la creciente popularidad de los bolcheviques, es necesario comprender que el hundimiento de la vida económica y del Ejército ruso no se consumó el 7 de noviembre (25 de octubre) de 1917, sino muchos meses antes, como consecuencia inevitable y lógica del proceso iniciado ya en 1915. Los reaccionarios venales, que tenían en sus manos la Corte del zar, llevaban las cosas deliberadamente hacia la derrota de Rusia con el fin de preparar una paz por separado con Alemania. Hoy sabemos que la escasez de armamento en el frente, que provocó la catastrófica retirada del verano de 1915, y la insuficiencia de víveres en el Ejército y en las grandes ciudades y el desbarajuste en la industria y el transporte en 1916, formaban parte de la gigantesca campaña de sabotaje interrumpida en el momento decisivo por la Revolución de Marzo**.

En los primeros meses del nuevo régimen, tanto la situación interior del país como la capacidad combativa de su Ejército mejoró indudablemente, pese a la confusión propia de una gran revolución, que había dado inesperadamente la

* *Kornilov to Brest-Litovsk*, J. Reed. Este libro no se publicó. J. Reed no tuvo tiempo de terminarlo (N. de la Ed.).

** Febrero (viejo calendario) (N. de la Ed.).

libertad a los ciento sesenta millones que formaban el pueblo más oprimido del mundo.

Pero la luna de miel duró poco. Las clases poseedoras querían una revolución política, que se limitase a despojar del poder al zar y entregárselo a ellas. Querían que Rusia fuese una república constitucional, como Francia o los Estados Unidos, o una monarquía constitucional, como Inglaterra. En cambio, las masas populares deseaban una auténtica democracia obrera y campesina.

En su libro *Mensaje de Rusia (Russia's Message)*, que es un ensayo sobre la Revolución del año 1905, William English Walling* hace una magnífica descripción de la situación moral de los obreros rusos, que más tarde se pusieron casi unánimemente al lado del bolchevismo:

«Ellos (los obreros) veían que incluso con el Gobierno más libre, si se encontraba en manos de otras clases sociales, posiblemente tendrían que seguir sufriendo hambre...

El obrero ruso es revolucionario, pero no es un bruto, no es un dogmático ni está privado de razón. Está dispuesto a pelear en las barricadas, pero las ha estudiado y —el único entre los obreros de todo el mundo— las ha estudiado en su propia experiencia. Está dispuesto y arde en deseos de luchar contra su opresor, la clase capitalista, hasta el fin. Pero no olvida la existencia de otras clases. Sólo exige de ellas que en el temible conflicto que se avecina se sitúen a uno u otro lado...

Todos ellos (los obreros) coinciden en que nuestras instituciones políticas (norteamericanas) son preferibles a las suyas, pero no ansían de ningún modo cambiar a un déspota por otro (es decir, por la clase capitalista).

Si los obreros de Rusia sufrieron fusilamientos y ejecuciones a centenares en Moscú, Riga y Odesa, reclusiones a millares en cada cárcel rusa y deportaciones a los desiertos y

* *William English Walling (1877-1936)*: economista y sociólogo norteamericano, autor de varios trabajos sobre el movimiento obrero y el socialismo. El trabajo de Walling *Mensaje de Rusia*, que cita J. Reed, fue publicado en los EE.UU. en 1908 (N. de la Ed.).

regiones árticas, no fue en aras de los dudosos privilegios de los obreros de Goldfields y Cripple Creek...».

He ahí por qué en Rusia, estando en su apogeo la guerra exterior, la revolución política se transformó en revolución social, que encontró su máxima culminación en el triunfo del bolchevismo.

En su libro *Nacimiento de la democracia rusa*, A. J. Sack, director del Buró de Información Ruso en América, hostil al Gobierno soviético, dice lo siguiente:

«Los bolcheviques formaron su propio gabinete con Nicolás Lenin como Primer Ministro y León Trotski como Ministro de Negocios Extranjeros. La inevitabilidad de su llegada al poder se hizo evidente casi inmediatamente después de la Revolución de Marzo. La historia de los bolcheviques después de la revolución es la historia de su incesante crecimiento».

Los extranjeros, y especialmente los norteamericanos, subrayan con frecuencia la “ignorancia” de los obreros rusos. Ciertamente, les falta la experiencia política de los pueblos occidentales, pero, en cambio, han cursado una escuela magnífica en sus asociaciones voluntarias. En 1917, las sociedades rusas de consumidores (cooperativas) contaban con más de doce millones de afiliados y los Soviets de por sí son una manifestación portentosa del genio organizador de las masas trabajadoras rusas. Es más, probablemente no hay pueblo en todo el mundo que haya estudiado tan bien la teoría socialista y su aplicación práctica.

He aquí cómo define a estos hombres William English Walling:

«La mayoría de los obreros rusos sabe leer y escribir. El país se encuentra desde hace ya mucho en tal estado de eferescencia que ellos pudieron utilizar la dirección no sólo de los hombres avanzados de su propio medio, sino también de numerosos elementos revolucionarios de las capas instruidas de la sociedad, que se volvieron de cara a la clase obrera con sus ideales de renacer político y social de Rusia...».

Muchos autores explican su hostilidad al régimen soviético alegando que la última fase de la Revolución rusa fue

simplemente una lucha de los elementos “de orden” de la sociedad contra las crueldades de los bolcheviques. Pero, en realidad, fueron precisamente las clases poseedoras las que, al ver cómo crecía el poderío de las organizaciones revolucionarias populares, decidieron aplastarlas y detener la revolución. Perseguiendo este objetivo, la burguesía terminó por recurrir a medidas desesperadas. Para derribar el Ministerio de Kerenski y los Soviets fue desorganizado el transporte y se provocaron desórdenes internos; para vencer a los comités de empresa cerraban las empresas y escondían el combustible y la materia prima; para acabar con los comités del Ejército restablecieron la pena de muerte y consentían el derrotismo en el frente.

Todo esto era magnífico alimento para el fuego bolchevique. Los bolcheviques respondieron predicando la lucha de clases y proclamando los Soviets como máxima autoridad.

Entre estas dos tendencias extremas había grupos que las sostenían total o parcialmente, como los mencheviques, llamados socialistas “moderados”, los socialistas-revolucionarios y algunos otros pequeños partidos. Estos grupos sufrían también los ataques de las clases poseedoras, pero la fuerza de su resistencia estaba quebrantada por sus propias teorías.

En general, los mencheviques y socialistas-revolucionarios suponían que Rusia no estaba madura económicamente para la revolución social, que sólo era posible una revolución política. Según su interpretación, las masas rusas no estaban preparadas suficientemente para tomar el poder en sus manos; cualquier intento así conduciría inevitablemente a una reacción, valiéndose de la cual cualquier politiquero sin escrúpulos podría restaurar el viejo régimen. Por eso ocurrió que cuando los socialistas “moderados” se vieron forzados a asumir el poder tuvieron miedo de utilizarlo.

Suponían que Rusia debía pasar por las mismas fases de desarrollo político y económico que Europa Occidental y únicamente después, junto con el mundo restante, llegar al socialismo desarrollado. Por eso es natural que, de acuerdo con las clases poseedoras, considerasen que Rusia debía ser

ante todo un Estado parlamentario, si bien con ciertas enmiendas en comparación con las democracias occidentales. En consecuencia, insistían en la participación de las clases poseedoras en el Gobierno.

De ahí a apoyarlas había sólo un paso. Los socialistas “moderados” necesitaban a la burguesía, pero la burguesía no necesitaba a los socialistas “moderados”. De este modo, resultó que los ministros socialistas viéronse obligados a retroceder poco a poco en todos los puntos de su programa en tanto que los representantes de las clases poseedoras avanzaban cada vez más resueltamente.

Y, a fin de cuentas, cuando los bolcheviques rompieron todos los vacuos compromisos, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios se encontraron participando en la lucha al lado de la burguesía... Actualmente, en casi todos los países puede observarse el mismo fenómeno.

Los bolcheviques, a mi modo de ver, no son una fuerza destructora, sino el único partido en Rusia que posee un programa constructivo y con suficiente poder para llevarlo a la práctica. Si en aquel momento no hubiesen logrado mantenerse en el poder, para mí no cabe la menor duda de que ya en diciembre los ejércitos de la Alemania Imperial habrían entrado en Petrogrado y Moscú, y Rusia habría caído de nuevo bajo el yugo de cualquier zar...

Después de un año entero de existencia del Gobierno soviético, sigue estando de moda llamar “aventura” a la insurrección bolchevique. Sí, fue una aventura y por cierto una de las aventuras más sorprendentes a que se ha arriesgado jamás la humanidad, una aventura que irrumpió como una tempestad en la historia al frente de las masas trabajadoras y lo puso todo a una carta en aras de la satisfacción de sus inmediatas y grandes aspiraciones. Estaba ya listo el aparato para repartir las grandes haciendas de los latifundistas entre los campesinos. Se habían constituido ya los comités de empresa y los sindicatos para poner en marcha el control obrero en la industria. En cada aldea, ciudad, distrito y provincia

existían Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, dispuestos a asumir la administración local.

Piensen lo que piensen algunos sobre el bolchevismo, es indiscutible que la Revolución rusa constituye uno de los acontecimientos más grandes de la historia humana y la exaltación de los bolcheviques es un fenómeno de importancia mundial. Igual que los historiadores buscan los detalles más minuciosos de la Comuna de París, querrán también conocer todo lo que sucedió en Petrogrado en noviembre de 1917, el espíritu que animaba entonces al pueblo, cómo eran, qué decían y qué hacían sus líderes. En eso precisamente pensaba yo cuando escribía el presente libro.

En la contienda mis simpatías no fueron neutrales. Pero al relatar la historia de aquellos grandes días, me he esforzado por observar los acontecimientos con ojo de concienzudo analista, interesado en hacer constar la verdad.

J.R.

Nueva York, 1 de enero de 1919.

Notas y aclaraciones*

Al lector corriente le será muy difícil orientarse en la infinidad de organizaciones rusas: grupos políticos, comités y comités centrales, dumas y sindicatos. Por este motivo doy aquí algunas breves definiciones y explicaciones,

PARTIDOS POLÍTICOS

En las elecciones a la Asamblea Constituyente de Petrogrado hubo diecinueve listas de candidatos y en algunas ciudades de provincias hasta cuarenta; pero en el breve resumen de los objetivos y la composición de los partidos políticos, que se inserta más abajo, han sido incluidos solamente los grupos y fracciones que se mencionan en este libro. Aquí únicamente se puede indicar lo fundamental de sus programas y se da sólo una característica general de las capas sociales que representaban.

1. *Monárquicos* de diversos matices, octubristas, etc. Estas fracciones, fuertes en otro tiempo, no existían ya abiertamente: habían pasado a la clandestinidad o sus miembros

* Aunque tienen algunas inexactitudes, las *Notas y aclaraciones* de J. Reed ofrecen considerable interés. Muestran lo meticolosamente que estudió las relaciones políticas existentes en Rusia en el período anterior a octubre y sobre todo permiten juzgar las simpatías y antipatías políticas del autor y su propia apreciación de los partidos y grupos que rivalizaban entre sí (N. de la Ed.).

habían entrado en el partido de los demócratas-constitucionalistas puesto que estos últimos habían adoptado poco a poco su plataforma política. De los representantes de estos grupos se menciona en el libro a Rodzianko y Shulguín.

2. *Kadete*. Llamados así por las iniciales del nombre del partido: demócratas-constitucionalistas. El nombre oficial del partido kadete (después de la Revolución) era “Partido de la Libertad del Pueblo”. Bajo el zarismo el partido kadete, formado, por liberales representantes de las clases poseedoras, era el partido más importante de reformas políticas y en rasgos generales corresponde al Partido Progresista de América. Cuando en marzo de 1917 estalló la Revolución, los kadetes formaron el primer Gobierno Provisional. En abril el Gobierno kadete fue derribado por haber defendido públicamente los objetivos imperialistas de las potencias aliadas, incluyendo los objetivos imperialistas del Gobierno zarista. A medida que la revolución cobraba un carácter más acusado de revolución social, los kadetes se iban haciendo más conservadores. De sus representantes se menciona en este libro a Miliukov, Vinaver y Shatski.

- 2a. *Grupo de líderes sociales*. Una vez que los kadetes perdieron su popularidad por sus ligazones con la contrarrevolución kornilovista, se organizó en Moscú el *Grupo de líderes sociales*. Representantes de este grupo recibieron carteras ministeriales en el último gabinete de Kerenski. El grupo se declaró al margen de los partidos, aunque sus guías espirituales eran hombres como Rodzianko y Shulguín. Ingresaron en él los banqueros, comerciantes e industriales más “modernos”, que eran bastante inteligentes y comprendían que con los Soviets había que luchar con sus propias armas: con la organización económica. Son típicos de este grupo Lianózov y Konoválov.

3. *Socialistas populares o trudoviques*. Partido numéricamente pequeño, formado por cautelosos intelectuales, dirigentes de sociedades cooperativas y campesinos de ideas conservadoras. Aunque se llamaban socialistas, los trudoviques en realidad defendían los intereses de la pequeña burguesía: de los funcionarios, tenderos, etc. Sucesores directos del “grupo trudovique” de la IV Duma de Estado, formada en su mayoría por representantes de los campesinos, y herederos de las tradiciones conciliadoras de este grupo. Kerenski era el líder de los trudoviques en la Duma de Estado, cuando en marzo de 1917 estalló la Revolución. Los socialistas populares son un partido nacionalista. Están representados en el libro por Peshejónov y Chaikovski.

4. *Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia*. Inicialmente marxistas-socialistas. En el Congreso de 1903, por discrepancia en cuestiones tácticas, el partido se escindió en dos fracciones: mayoría y minoría. Así surgieron los nombres: “bolcheviques” y “mencheviques”. Las dos alas se convirtieron en dos partidos distintos. Las dos se llamaban Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y declaraban su adhesión al marxismo. Después de la Revolución de 1905, los bolcheviques de hecho se encontraron en minoría y volvieron a ser mayoría en septiembre de 1917.

- 4a. *Mencheviques*. Este partido agrupa a socialistas de todos los matices, que consideran que la sociedad debe llegar al socialismo por evolución natural y que la clase obrera debe obtener primero acceso al poder político. Partido también nacionalista. Era un partido de intelectuales socialistas y, como todos los medios de instrucción se hallaban en manos de las clases poseedoras, los intelectuales, naturalmente, tendían al modo de pensar de éstas y se situaban al lado de dichas clases. De sus líderes se menciona en este libro a Dan, Líber y Tsereteli.

- 4b. *Mencheviques internacionalistas*. Ala radical de los mencheviques, internacionalistas, adversarios de toda coalición con las clases poseedoras; al propio tiempo, no deseaban romper con los mencheviques conservadores y se oponían a la dictadura de la clase obrera a favor de la cual estaban los bolcheviques. Trotski fue mucho tiempo miembro de este grupo. Entre sus líderes figuran Mártoy y Martínov.
- 4c. *Bolcheviques*. Actualmente se llaman *Partido Comunista* para subrayar su ruptura total con las tradiciones del socialismo “moderado” o “parlamentario”, que predomina entre los mencheviques y los llamados “socialistas de la mayoría” en todos los países. Los bolcheviques se pronunciaron por la inmediata insurrección proletaria y la toma del poder del Estado con el fin de acelerar el advenimiento del socialismo mediante la socialización forzosa de la industria, de la tierra, de las riquezas naturales y de los establecimientos financieros. Este partido expresa los anhelos principalmente de los obreros industriales, pero también de una parte considerable de los campesinos pobres. La palabra “bolchevique” no puede traducirse como, “maximalista”. Los maximalistas son un grupo especial (véase el párrafo 5b).
- 4d. *Socialdemócratas internacionalistas unidos*, o grupo *Nóvaya Zhizn* (“Vida Nueva”), nombre de un periódico muy influyente que era su portavoz. Pequeño grupo de intelectuales con muy reducido número de adeptos entre los obreros, si se excluye a los incondicionales de Máximo Gorki, su dirigente. Intelectuales con un programa casi análogo al de los mencheviques internacionalistas con la única diferencia de que el grupo *Nóvaya Zhizn* no quería ligarse, a ninguna de las dos fracciones fundamentales. Los componentes del grupo no estaban de acuerdo con la táctica de los bolcheviques, pero permanecían en

los organismos soviéticos. Otros representantes del grupo que se mencionan en este libro son Avílov y Kramarov.

- 4e. *Yedinstvo* (“Unidad”). Grupo insignificante y cada vez menor, formado casi exclusivamente por incondicionales de Plejánov, uno de los pioneros del movimiento social-demócrata ruso en los años ochenta y su teórico más destacado. Plejánov, ya viejo en esta época, era un social-patriota extremista y demasiado conservador incluso para los mencheviques. Después de la Revolución bolchevique el grupo *Yedinstvo* dejó de existir.
5. *Partido de los socialistas-revolucionarios*. Los llaman para abreviar “eseristas”. Inicialmente partido revolucionario de los campesinos, partido de “organizaciones de com bate”, de terroristas. Después de la Revolución de Marzo ingresó en él mucha gente que nunca había sido socialista. En este tiempo, los eseristas propugnaban la abolición de la propiedad privada solamente de la tierra y sostenían que sus propietarios debían ser indemnizados. En definitiva, la radicalización de los campesinos obligó a los eseristas a renunciar al punto de la “indemnización”. Más adelante los jóvenes y los intelectuales más exaltados se escindieron del partido básico en el otoño de 1917 y formaron un nuevo partido: el partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda. Los eseristas, a quienes los grupos radicales posteriormente siempre llamaban “socialistas-revolucionarios de derecha” se pasaron a las posiciones políticas de los mencheviques y actuaban de acuerdo con ellos. Eran, a fin de cuentas, representantes de los campesinos ricos, de los intelectuales y de las capas políticamente atrasadas de la población de las zonas rurales alejadas. Sin embargo, entre ellos había más grupos con diferentes puntos de vista acerca de los problemas políticos y económicos que entre los mencheviques. De sus líderes se menciona en el libro a Avxéntiev, Gots, Krenski, Chernov y la “abuela” Breshkóvskaya.

5a. *Socialistas-revolucionarios de izquierda*. Aunque en teoría compartían el programa bolchevique de la dictadura de la clase obrera, al principio seguían de mala gana la táctica resuelta de los bolcheviques. Sin embargo, los socialistas-revolucionarios de izquierda continuaron en el Gobierno soviético, ocupando puestos ministeriales, en particular el de Ministro de Agricultura. Salieron varias veces del Gobierno, pero siempre se reintegraban. A medida que los campesinos abandonaban en creciente número las filas de los eseristas (de derecha), se incorporaban al partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda, el cual se convirtió en gran partido campesino que apoyaba el Poder de los Soviets. Este partido preconizaba la confiscación sin indemnización alguna de las grandes haciendas y su entrega a disposición de los campesinos. Entre los dirigentes figuraban Spiridónova, Karelín, Kamkov y Kolegáev.

5b. *Maximalistas*. Se escindieron del partido de los socialistas-revolucionarios durante la Revolución de 1905, cuando constituían un potente movimiento campesino que exigía la realización inmediata de un programa máximo socialista. En la actualidad, es un grupo insignificante de anarquistas campesinos.

PROCEDIMIENTO PARLAMENTARIO

En Rusia las asambleas y los congresos se organizan más bien al estilo europeo que al nuestro. Lo primero que suelen hacer es elegir un presidente, un secretario y un presídium.

Presídium (presidencia) es un comité dirigente, formado por representantes de los grupos y fracciones políticas presentes en la asamblea proporcionalmente a su número. La presidencia establece el orden del día y el presidente puede encomendar a los componentes de la presidencia que dirijan por turno la reunión.

Sobre cada problema se hace primero un informe general, luego siguen los debates y después las distintas fracciones presentan sus resoluciones y cada una se vota por separado. El orden del día puede ser alterado –y así suele ocurrir– ya en la primera media hora. Invocando la “extraordinaria importancia” de la cuestión, cosa que la masa casi siempre toma en cuenta, cada uno de los presentes puede levantarse de su sitio y decir lo que quiera sobre cualquier tema. La masa vota en la reunión y prácticamente la única obligación del presidente consiste en mantener el orden, valiéndose de una campanilla, y conceder la palabra a los oradores. Casi toda la verdadera labor de la asamblea se efectúa en reuniones a puerta cerrada de los distintos grupos y fracciones políticas, que casi siempre votan unánimemente y están representados por sus dirigentes. Resulta, sin embargo, que en cada nueva cuestión de importancia o votación se anuncia un intervalo para permitir a los distintos grupos y fracciones políticas que celebren una reunión secreta.

El público es extraordinariamente tumultuoso: estimulan al orador con exclamaciones aprobatorias o le interrumpen con observaciones críticas. Las exclamaciones más corrientes son: *Prósim!* (¡Lo pedimos!), *Právilno!* (¡Bien dicho!), *Eto vierno!* (¡Eso es verdad!), *Dovolno!* (¡Basta!), *Dolói!* (¡Fuera!), *Pozor!* (¡Es una vergüenza!), *Tishe!* (¡Silencio!).

ORGANIZACIONES MÁS IMPORTANTES

1. *Soviet*. Esta palabra existe hace tiempo en la lengua rusa y corresponde al vocablo inglés *council* (consejo). Bajo el zar, por ejemplo, existía el Consejo de Estado. Pero desde los tiempos de la Revolución la palabra *Soviet* empezó a asociarse a determinado tipo de representación, elegida por los trabajadores miembros de colectividades de producción: Soviet de Diputados Obreros, Soldados o Campesinos. Por eso yo uso la palabra Soviet solamente en relación con estos organismos. Además de los Soviets locales, que son elegidos en cada ciudad y aldea –y en las

grandes ciudades se elige también Soviets distritales—existen Soviets regionales o provinciales y en la capital el Comité Ejecutivo de todos los Soviets de Rusia, llamado para abreviar CEC (véase más abajo “comités centrales”). Los Soviets de Diputados Obreros y los Soviets de Diputados Soldados se unieron muy pronto casi en todas partes poco después de la Revolución de Marzo. Sin embargo, para examinar cuestiones especiales, que afectaban sus intereses particulares, las secciones de obreros y soldados continuaron reuniéndose por separado. Los Soviets de Diputados Campesinos se unieron a los demás solamente después del golpe de Estado bolchevique. Estaban organizados igual que los Soviets de Obreros y Soldados y en la capital había un Comité Ejecutivo de los Soviets Campesinos de toda Rusia.

2. *Sindicatos*. Aunque en Rusia los sindicatos obreros estaban organizados por ramas se llamaban, sin embargo, sindicatos profesionales y en la época de la Revolución bolchevique contaban de tres a cuatro millones de afiliados. Estos sindicatos estaban unidos también en una organización de toda Rusia, algo así como una Federación Rusa del Trabajo, que tenía su Comité Ejecutivo Central en la capital.
3. *Comités de empresa*. Eran organizaciones surgidas espontáneamente, creadas en las empresas por los obreros en su afán de ejercer el control en la industria, aprovechando el desorden en la administración originado por la Revolución. Estos comités se adueñaban por vía revolucionaria de las empresas y las dirigían. Los comités de empresa tenían también su organización de toda Rusia con un Comité Central en Petrogrado, que colaboraba con los sindicatos.
4. *Dumas*. La palabra *duma* significa aproximadamente “órgano consultivo”. La vieja Duma de Estado, que subsis-

tió en forma democratizada seis meses más después de la Revolución, feneció de muerte natural en septiembre de 1917. La Duma Municipal, que se menciona en este libro, fue creada como resultado de la reorganización del Consejo Municipal o autoadministración, como lo llamaban con mayor frecuencia. La Duma se elegía por votación directa y secreta y el único motivo por el cual no logró atraer a su lado a las masas durante la Revolución bolchevique fue la caída general de la influencia de toda representación puramente política, mientras crecía la influencia de las organizaciones basadas en la división de la sociedad en clases.

5. *Zemstvos*. Esta palabra puede traducirse aproximadamente como “consejos rurales”. Bajo el zarismo eran organizaciones semipolíticas semisociales con atribuciones administrativas muy reducidas. Las creaban y dirigían principalmente intelectuales de corte liberal, procedentes de la clase terrateniente. El aspecto más importante de la actividad de los *zemstvos* era la instrucción pública y las atenciones sociales a los campesinos. Durante la guerra los *zemstvos* asumieron poco a poco todo el cuidado del avituallamiento del Ejército ruso con víveres y uniformes. Efectuaban asimismo compras en el extranjero y realizaban una labor educativa entre los soldados, semejante a la de la Asociación Cristiana de Jóvenes en el Ejército norteamericano. Después de la Revolución de Marzo los *zemstvos* fueron democratizados con el fin de convertirlos en organismos de poder local en las zonas rurales. Pero, igual que las dumass municipales, no pudieron competir con los Soviets.
6. *Cooperativas*. Eran sociedades cooperativas de consumo de obreros y campesinos que antes de la Revolución contaban con millones de adherentes en toda Rusia. Fundado por liberales y socialistas “moderados”, el movimiento cooperativo no gozaba del apoyo de los grupos

socialistas-revolucionarios, puesto que este camino era un sucedáneo del paso total de los medios de producción y distribución a manos de los obreros. Después de la Revolución de Marzo las cooperativas empezaron a ampliarse rápidamente: en ellas predominaban los socialistas populares, los mencheviques y los eseristas y estas cooperativas actuaron como una fuerza conservadora hasta la revolución bolchevique. Sin embargo, precisamente las cooperativas alimentaron a Rusia, cuando el viejo sistema de comercio y transporte se vino abajo.

7. *Comités del Ejército.* Los comités del Ejército fueron constituidos en el frente por los soldados para combatir la influencia reaccionaria de la vieja oficialidad. Cada compañía, regimiento, brigada, división y cuerpo tenían sus comités y por encima de todos ellos se hallaba el comité electo de (tal) Ejército. El Comité Central del Ejército (en Petrogrado) colaboraba con el Estado Mayor Central. El desorden en la dirección del Ejército, originado por la revolución, hizo recaer sobre los comités del Ejército la mayor parte del trabajo del departamento de intendencia y, en algunos casos, hasta el mando de las tropas.
8. *Comités de la Marina.* Eran las organizaciones correspondientes en la Marina.

COMITÉS CENTRALES

En la primavera y el verano de 1917 se celebraron en Petrogrado congresos nacionales de todas las organizaciones imaginables. Tuvieron lugar congresos de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, de los sindicatos, de los comités de empresa, de los comités del Ejército y de la Flota (además de los congresos de representantes de distintas armas y de la Marina), de las cooperativas, de las nacionalidades, etc. Cada congreso elegía su Comité Central o Comité Central Ejecutivo para defender sus intereses en el centro. A medida

que se iba debilitando el Gobierno Provisional, estos comités centrales se veían obligados a tomar en sus manos cada vez mayor poder administrativo.

Los comités centrales más importantes que se mencionan en este libro son:

Unión de Asociaciones. Durante la Revolución de 1905 el profesor Miliukov y otros liberales organizaron asociaciones de especialistas: médicos, abogados, etc. Se unieron en una organización central: la Unión de Asociaciones. En 1905, la Unión de Asociaciones colaboró con la democracia revolucionaria; en 1917, sin embargo, la Unión de Asociaciones se opuso a la insurrección bolchevique y agrupó a los funcionarios públicos, que se declararon en huelga y sabotearon las disposiciones del Poder soviético.

CEC. Comité Ejecutivo Central de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia. La sigla está formada por las iniciales de las primeras palabras del nombre completo.

CENTROFLOT. Comité Central de la Marina.

Vikzhel. Comité Ejecutivo del Sindicato Ferroviario de toda Rusia. La sigla está formada por las iniciales del nombre completo en ruso.

OTRAS ORGANIZACIONES

Guardia Roja. Obreros fabriles armados de Rusia. La Guardia Roja se formó por primera vez durante la Revolución de 1905 y volvió a renacer en los días de marzo de 1917, cuando se necesitaba una fuerza para mantener el orden en la ciudad. En esta época los guardias rojos estaban armados y todos los esfuerzos del Gobierno Provisional por desarmarlos fueron estériles. A cada crisis que se producía en

el curso de la Revolución los destacamentos de la Guardia Roja aparecían en las calles, no adiestrados ni organizados militarmente, pero llenos de entusiasmo revolucionario.

Guardia Blanca. Voluntarios burgueses que aparecieron en las últimas etapas de la Revolución para defender la propiedad privada de los intentos de los bolcheviques por abolirla. En la Guardia Blanca había muchísimos estudiantes universitarios.

Tekineses. La llamada “División salvaje”, formada por representantes de las tribus musulmanas de Asia Central personalmente fieles al general Kornílov. Los tekineses se distinguían por la ciega obediencia y salvaje crueldad en las operaciones militares.

Batallones de la muerte o batallones de choque. Es conocido el “batallón femenino de la muerte”, pero había muchos “batallones de la muerte” formados por hombres. Estos batallones los organizó Kerenski en el verano de 1917 para que ayudasen con su ejemplo “heroico” a fortalecer la disciplina y elevar la moral de combate del Ejército. Los “batallones de la muerte” estaban formados principalmente por jóvenes de sentimientos nacionalistas, procedentes en su mayoría de las familias ricas.

Unión de Oficiales. Organización creada entre los oficiales reaccionarios para combatir la creciente influencia de los comités del Ejército.

Caballeros de San Jorge. Con la Cruz de San Jorge* se condecoraba a quienes se distinguían en las operaciones militares. El que recibía la cruz pasaba a ser automáticamente “caballero de San Jorge”. En la organización de

* *Cruz de San Jorge:* orden instituida en 1769 para condecorar a los generales y oficiales por hazañas militares y por antigüedad de servicio (N. de la Ed.).

caballeros de San Jorge gozaban de predominante influencia los partidarios del militarismo.

Unión Campesina. En 1905, la Unión Campesina era una organización revolucionaria de los campesinos. En 1917, sin embargo, se convirtió en intérprete de los intereses políticos del campesinado acomodado y luchó contra la creciente influencia y los objetivos revolucionarios de los Soviets de Diputados Campesinos.

CRONOLOGÍA Y ESCRITURA

En este libro utilizo en todas partes nuestro calendario en vez del viejo calendario ruso, que iba retrasado trece días.

En la escritura de las palabras y los nombres rusos no he intentado seguir ninguna regla científica y he tratado de atenerme a la escritura que dé al lector de habla inglesa una noción más sencilla y exacta de su pronunciación.

FUENTES

Me han servido de documentación fundamental para este libro mis propios apuntes. Sin embargo, he utilizado además centenares de periódicos rusos de todas clases seleccionados en los que se refleja casi cada día de la época que yo describo, las colecciones del periódico inglés *Russian Daily News* (*Noticias Diarias Rusas*) y de dos periódicos franceses: *Journal de Russie* (*Diario Ruso*) y *Entente* (*Convenio*), que aparecían en Petrogrado. Más valioso aún que todos estos periódicos es el *Bulletin de la Presse* (*Boletín de la Prensa*), que editaba diariamente el Buró de Información Francés en Petrogrado. En él se insertaban informaciones de todos los acontecimientos, los discursos y comentarios más importantes de la prensa rusa. Tengo la colección casi completa de este periódico desde la primavera de 1917 hasta fines de enero de 1918.

Además, he reunido casi todos los llamamientos, decretos y anuncios que se fijaron en las calles de Petrogrado desde mediados de septiembre de 1917 hasta fines de enero de 1918 y también la edición oficial de todos los decretos y disposiciones del Gobierno y la edición oficial gubernamental de los tratados secretos y otros documentos descubiertos en el Ministerio de Negocios Extranjeros cuando pasó a manos de los bolcheviques.



Capítulo I

FONDO GENERAL

A fines de septiembre de 1917 en Petrogrado vino a verme un profesor extranjero de Sociología, que se encontraba en Rusia. En los círculos de negocios y de la intelectualidad había oído decir que la Revolución había entrado en la fase menguante. El profesor escribió un artículo sobre este tema y emprendió un viaje por el país, visitó ciudades fabriles y aldeas donde, para asombro suyo, la Revolución estaba claramente en ascenso. Había oído hablar a los obreros y campesinos continuamente de lo mismo: «la tierra para los campesinos, las fábricas para los obreros». Si el profesor hubiera estado en el frente, habría oído que todo el Ejército hablaba de la paz.

El profesor sentíase intrigado, aunque no existían motivos para ello: ambas observaciones eran totalmente correctas. Las clases pudientes se hacían cada vez más conservadoras, en tanto que las masas se radicalizaban más y más. Desde el punto de vista de los círculos de negocios y de la intelectualidad rusa, la Revolución había llegado ya bastante lejos y se prolongaba demasiado; era hora de poner orden. Este sentimiento dominaba también en los principales grupos socialistas “moderados”: los mencheviques defensistas^{1*} y

* Las llamadas numéricas en el texto del libro remiten al lector a los apéndices de John Reed. El autor da a los apéndices de cada capítulo del libro una numeración ordinal independiente (N. de la Ed.).

los socialistas-revolucionarios, que apoyaban al Gobierno Provisional de Kerenski.

El 27 (14) de octubre, el órgano oficial de los socialistas moderados”* decía:

«...La revolución consta de dos actos: la destrucción del viejo régimen de vida y la construcción del nuevo. El primer acto se ha prolongado bastante. Hora es de pasar al segundo y hay que efectuarlo lo más rápido posible, pues un gran revolucionario decía: “apresurémonos, amigos míos, a terminar la revolución. Quien hace la revolución demasiado larga no saborea sus frutos...”».

Sin embargo, las masas de obreros, soldados y campesinos se hallaban firmemente convencidas de que el primer acto distaba mucho de haber terminado. En el frente los comités del Ejército tenían constantes choques con los oficiales, que no podían acostumbrarse de ninguna manera a tratar a los soldados como a seres humanos; en la retaguardia los comités agrícolas, elegidos por los campesinos, eran encarcelados por las tentativas de llevar a la práctica las disposiciones del Gobierno concernientes a la tierra; en las fábricas los obreros² tenían que luchar contra las listas negras y los *lock-outs*. Es más, a los emigrados políticos que regresaban no se les permitía la entrada en el país como ciudadanos “indeseables”; se daban casos incluso en que los que habían vuelto del extranjero a sus aldeas eran detenidos y encarcelados por actos revolucionarios cometidos en 1905.

A todo el multiforme descontento del pueblo los socialistas “moderados” no tenían más que una respuesta: «Esperen la Asamblea Constituyente, que será convocada en diciembre». Pero eso no satisfacía a las masas. La Asamblea Constituyente, claro, estaba bien, pero había algo concreto en aras de lo cual se había consumado la revolución rusa, en aras de lo cual yacían en las fosas comunes del Campo de

* J. Reed se refiere al periódico *Izvestia del CEC*, que se hallaba entonces en manos de los mencheviques y eseristas (N. de la Ed.).

Marte* los revolucionarios mártires, y que debía realizarse a toda costa, independientemente de que se convocase o no la Asamblea Constituyente: la paz, la tierra a los campesinos, el control obrero en la industria. La Asamblea Constituyente iba siendo postergada, era posible que la aplazasen más de una vez hasta que el pueblo se sosegara y moderase sus demandas. Como quiera que fuese, la Revolución se prolongaba ya ocho meses y los resultados no se veían...

Entretanto, los propios soldados empezaron a resolver el problema de la paz por la simple desertión, los campesinos pegaban fuego a las fincas señoriales y se apoderaban de las grandes haciendas, los obreros se rebelaban y abandonaban el trabajo... Por eso es muy natural que los industriales, terratenientes y oficiales del Ejército ejercieran su influencia para impedir cualquier concesión democrática a las masas.

La política del Gobierno Provisional vacilaba entre las pequeñas reformas y las severas medidas represivas. Por decreto del ministro socialista de Trabajo se ordenó a los comités obreros reunirse en lo sucesivo fuera de las horas de trabajo. En el frente, los “agitadores” de los partidos políticos opositoristas eran detenidos, los periódicos radicales suspendidos y se empezó a aplicar la pena capital a los predicadores de la revolución. Se hacían intentos de desarmar a la Guardia Roja. Los cosacos fueron enviados a provincias para mantener el orden.

Estas medidas eran respaldadas por los socialistas “moderados” y sus líderes en el Ministerio, que consideraban necesario cooperar con las clases poseedoras. Las masas populares les volvían la espalda y se pasaban a los bolcheviques, que luchaban firmemente por la paz, la entrega de la tierra a los campesinos la implantación del control obrero en la industria y por la formación de un Gobierno obrero. En septiembre de 1917 estalló la crisis. Kerenski y los socialistas

* *Campo de Marte*: una plaza de Petrogrado (hoy Leningrado) donde el 5 de abril (23 de marzo) fueron sepultados los combatientes caídos en la lucha contra la autocracia en los días de la Revolución Democrático-Burguesa de Febrero (N. de la Ed.).

“moderados” contra la voluntad de la inmensa mayoría de la población, formaron un Gobierno de coalición, del que pasaron a formar parte representantes de las clases poseedoras. Como resultado, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios perdieron para siempre la confianza del pueblo.

La actitud de las masas populares ante los socialistas “moderados” está expresada en un artículo, aparecido aproximadamente a mediados de octubre (fines de septiembre) en el periódico *Rabochi Put (Camino Obrero)* y titulado “Los ministros socialistas³”.

«...Tomen sus hojas de servicios:

Tsereteli: desarmó a los obreros, junto con el general Pólovstsev “apaciguó” a los soldados revolucionarios y aprobó la pena de muerte para los soldados.

Skóbelev: comenzó por la promesa de quitar a los capitalistas el 100% del beneficio y terminó... por el intento de disolver los comités de empresa de los obreros.

Avxéntiev: encarceló a varios centenares de campesinos, miembros de los comités agrarios, y suspendió varias decenas de periódicos de los obreros y soldados.

Chernov: firmó el manifiesto del zar sobre la disolución de la Dicta finlandesa.

Sávinkov: se alió directamente con el general Kornílov y no entregó Petrogrado a este “salvador” de la patria solamente por circunstancias que no dependían de Sávinkov.

Zarudni: con el visto bueno de Alexinski y Kerenski encarceló a miles de obreros, marinos y soldados revolucionarios, ayudó a montar el calumnioso “proceso” contra los bolcheviques, que será un baldón para el tribunal ruso igual que el proceso de Beilis*.

* *Proceso de Beilis*: proceso judicial organizado en 1913 por el Gobierno zarista contra el judío Beilis, acusado calumniosamente del asesinato de un muchacho cristiano con fines rituales. Los intelectuales rusos avanzados, encabezados por los escritores Karolenko formaron un comité de lucha contra la política antisemita del gobierno y organizaron la defensa de Beilis en el juicio. Beilis fue absuelto (N. de la Ed.).

Nikitin: representó el papel de gendarme corriente contra los ferroviarios.

Kereriski: de éste vamos a callarnos. Su hoja de servicios es demasiado larga...».

El Congreso de Delegados de la Flota del Báltico en Helsingfors aprobó una resolución que comenzaba así:

«...Exigir de los comités de toda Rusia del Soviet de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos y del Comité Central de la Flota la separación inmediata de las filas del Gobierno Provisional del aventurero político Kerenski, socialista entre comillas y sin comillas, como individuo que cubre de oprobio y echa a perder con su desvergonzado chantaje político a favor de la burguesía la Gran Revolución y con ella a todo el pueblo revolucionario...».

Resultado directo de todo esto era la creciente popularidad de los bolcheviques...

Desde que en marzo de 1917 los torrentes fragorosos de obreros y soldados, inundando el Palacio de Táurida, obligaron a la vacilante Duma de Estado a tomar en sus manos el poder supremo en Rusia, precisamente las masas populares —obrerros, soldados y campesinos determinaron cada viraje en el curso de la revolución— derrocaron el ministerio de Mi-liukov; el Soviet de estas masas proclamó ante el mundo entero las condiciones rusas de paz: «Ninguna anexión, ninguna contribución, derecho a la autodeterminación de los pueblos»; y otra vez en julio las masas todavía no organizadas del proletariado, alzado espontáneamente, volvieron a asaltar el Palacio de Táurida para exigir el paso del poder en Rusia a los Soviets.

Los bolcheviques, a la sazón una pequeña secta* política, encabezaron el movimiento. Como resultado del desastroso fracaso de la insurrección, la opinión pública les volvió la espalda y las multitudes que les seguían, privadas de sus líde-

* J. Reed emplea a aquí la palabra “secta” queriendo subrayar que inmediatamente después de la Revolución Democrático-Burguesa de Marzo de 1917, el Partido bolchevique, recién salido de la clandestinidad, era aún relativamente poco numeroso (N. de la Ed.).

res, retrocedieron a la barriada de Vyborg, el arrabal de St. Antoine de Petrogrado*. Entonces siguió una salvaje persecución de los bolcheviques: centenares de ellos, entre los cuales se encontraban Trotski*, la señora Kollontái* y Kámenev fueron encarcelados; Lenin y Zinóviev* tuvieron que ocultarse para no ser detenidos; los periódicos bolcheviques eran perseguidos y suspendidos. Los provocadores y reaccionarios promovieron un desafortunado alboroto, gritando que los bolcheviques eran agentes de los alemanes y en todo el mundo hubo gentes que les dieron crédito.

Sin embargo, el Gobierno Provisional fue incapaz de confirmar la razón de estas acusaciones; los documentos que pretendían demostrar la existencia de un complot alemán resultaron falsos* y los bolcheviques fueron puestos en libertad uno tras otro sin comparecer ante los tribunales, bajo una fianza ficticia o sin fianza alguna, de modo que a fin de

* *Arrabal de Saint Antoine*: nombre de un suburbio de París, cuya población trabajadora se distinguió por su combatividad en el curso de los alzamientos revolucionarios en Francia de fines del siglo XVIII y en el siglo XIX. J. Reed compara con este arrabal la barriada de Vyborg, conocido distrito obrero de Petrogrado (N. de la Ed.).

* *Trotski (Bronstéin)* L. D.: miembro del POSDR desde 1897, menchevique. En el verano de 1917 ingresó en el Partido bolchevique. Pero Trotski no abrazó las posiciones del bolchevismo y sostuvo una lucha solapada y franca contra el leninismo, contra la política del Partido, por lo que en 1927 fue expulsado del Partido (N. de la Ed.).

* *Kollontái Alexandra Afijáilouna* (1872-1952): militante del Partido desde 1915. Después de la Revolución de Octubre, Comisario del Pueblo de Asistencia Pública. En 1920 dirigía la sección femenina del CC del PC(b)R. En 1921-1922 formó parte del Secretariado Femenino Internacional de la Internacional Comunista. Desde 1923 ocupó distintos cargos diplomáticos de responsabilidad (N. de la Ed.).

* *Zinóviev (Radomyslski)* G. E.: incurrió en reiteradas desviaciones del bolchevismo y acabó por romper con el marxismo-leninismo. En octubre de 1917 junto con Kámenev hizo traición, pronunciándose en el periódico menchevique *Nóvaya Zhizn* contra el acuerdo del CC sobre la insurrección y delatando así el plan del alzamiento a los enemigos. En una carta a los miembros del Partido bolchevique Lenin condenó este acto de Zinóviev y Kámenev como esquirolaje y demandó que fuesen expulsados del Partido. Después de la victoria de la Revolución de Octubre Zinóviev era partidario de la formación de un Gobierno de coalición con representantes de los mencheviques, de los eseristas y de los "socialistas populares". Por su incesante actividad fraccionista contra el Partido fue expulsado de las filas de éste. Readmitido, continuó su actividad antipartidaria y antisoviética y fue expulsado nuevamente (N. de la Ed.).

* Parte de los famosos *Documentos de Sisson*. J. Reed. *Sisson*, periodista norteamericano reaccionario que publicó en los EE.UU. una recopilación de falsificaciones fabricadas con objeto de desacreditar a los dirigentes bolcheviques (N. de la Ed.).

cuentas quedaron recluidas seis personas nada más. La impotencia e indecisión del Gobierno Provisional, cuya composición cambiaba sin cesar, eran demasiado evidentes para todos. Los bolcheviques proclamaron de nuevo la consigna tan querida de las masas: «¡Todo el poder a los Soviets!» y no se guiaban en absoluto por los intereses estrechos de su partido, puesto que en aquel tiempo la mayoría en los Soviets pertenecía a los socialistas “moderados”, sus enemigos mortales.

Más eficaz aún fue que tomaron los simples y vagos deseos de los obreros, soldados y campesinos y con ellos estructuraron su programa inmediato. Y mientras que los mencheviques defensistas y los socialistas-revolucionarios se enredaban en los acuerdos con la burguesía, los bolcheviques se ganaron rápidamente las masas. En julio los acosaban y despreciaban; en septiembre los obreros de la capital, los marinos de la Flota del Báltico y los soldados, habían abrazado casi por entero su causa. Las elecciones municipales de septiembre* en las grandes ciudades⁴ fueron significativas: sólo un 18% de los elegidos eran mencheviques y socialistas-revolucionarios contra el 70% en junio...

En aquel tiempo podía intrigar al observador extranjero este fenómeno inexplicable para él: el Comité Ejecutivo Central de los Soviets, los comités centrales del Ejército y la Marina* y los comités centrales de varios sindicatos –especialmente los de trabajadores de correos y telégrafos y de ferroviarios– eran francamente hostiles a los bolcheviques. Todos estos comités centrales habían sido elegidos a mediados del verano e incluso antes, cuando los mencheviques y los eseristas contaban con un enorme número de partidarios** en cambio ahora demoraban y torpedeaban por todos los medios las nuevas elecciones. Por ejemplo, según el estatuto de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados, el Con-

* De agosto (según el viejo calendario). En Petrogrado las elecciones tuvieron lugar el 20 de agosto (N. de la Ed.).

** Véase Notas y aclaraciones. -J. Reed.

greso de toda Rusia debía celebrarse en septiembre, pero el CEC no quería convocarlo, alegando que faltaban dos meses nada más para la apertura de la Asamblea Constituyente y para entonces, como él insinuaba, los Soviets tendrían que abdicar. Entretanto, en todo el país los bolcheviques conquistaban uno tras otro los Soviets locales y las secciones de los sindicatos y robustecían su influencia en las filas de los soldados y marinos. Los Soviets campesinos continuaban siendo conservadores, pues en el campo atrasado la conciencia política se desarrolla lentamente y el Partido Socialista-Revolucionario venía realizando agitación entre los campesinos en el transcurso de toda una generación... Pero incluso entre los campesinos comenzó a formarse un núcleo revolucionario. Esto se hizo patente en octubre, cuando se escindió el ala izquierda de los socialistas-revolucionarios y se formó una nueva tendencia política: el partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda.

Al propio tiempo, empezaron a dejarse sentir en todas partes síntomas de la reanimación de las fuerzas reaccionarias⁵. Por ejemplo, en el Teatro Troitski de Petrogrado, la representación de la comedia *El crimen del zar* fue interrumpida por un grupo de monárquicos, que amenazaban linchar a los actores por “el ultraje al emperador”. Determinados periódicos comenzaron a suspirar por el “Napoleón ruso”. En los medios de la intelectualidad burguesa se hizo costumbre llamar al Soviet de Diputados Obreros “soviet de diputados perros”.

El 15 de octubre tuve una conversación con Stepán Gueórguievich Lianózov, gran capitalista ruso, el “Rockefeller ruso”, kadete por sus convicciones políticas.

«La Revolución –dijo– es una enfermedad. Tarde o temprano las potencias extranjeras tendrán que intervenir en nuestros asuntos como intervienen los médicos para curar a un niño enfermo y ponerlo en pie. Claro, esto sería más o menos impropio, pero todas las naciones deben comprender hasta qué punto son peligrosos para sus propios países el bolchevismo e ideas tan contagiosas como la “dictadura del

proletariado” y la “revolución social mundial”... Por otro lado, es probable que no sea necesaria tal intervención. El transporte se ha venido abajo, se cierran las fábricas y los alemanes avanzan. Tal vez el hambre y la derrota despierten el sentido común en el pueblo ruso...».

El señor Lianósov afirmaba con énfasis que los comerciantes e industriales no podían tolerar de ningún modo la existencia de los comités de empresa o resignarse con cualquier participación de los obreros en la dirección de la industria.

«Por lo que a los bolcheviques se refiere, habrá que deshacerse de ellos por uno de los dos métodos. El Gobierno puede evacuar Petrogrado, declarando entonces el estado de sitio y el comandante militar de la circunscripción meterá en cintura a estos señores prescindiendo de formalidades legales... O si, por ejemplo, la Asamblea Constituyente manifiestase, tendencias utópicas, podría ser disuelta por la fuerza de las armas...».

Se acercaba el invierno, el terrible invierno ruso. En los círculos industriales y comerciales me decían: «El invierno fue siempre el mejor amigo de Rusia; tal vez ahora nos libre de la revolución». En las frías trincheras sufrían hambre y morían sin ningún entusiasmo los desdichados ejércitos. Los ferrocarriles se paralizaban, disminuían los víveres y se cerraban las fábricas. Las masas desesperadas gritaban bien alto que la burguesía atentaba a la vida del pueblo y provocaba la derrota en el frente. Riga fue entregada inmediatamente después de que el general Kornílov declarase públicamente: «¿No deberemos sacrificar Riga para restituir al país el sentido de su deber?».

A los norteamericanos les habría parecido increíble que la lucha de clases pudiera alcanzar tal agudeza. Pero yo personalmente tropecé en el Frente Norte con oficiales que preferían francamente la derrota militar a la colaboración con los comités de soldados. El secretario de la sección de Petrogrado del partido kadete me decía que la ruina económica formaba parte de una campaña de descrédito de la Revolución. Un diplomático aliado, cuyo nombre prometí no revelar, lo confirmó fun-

dándose en sus propios datos. Conozco varias minas de carbón cerca de Járkov que fueron incendiadas o anegadas por los propietarios, fábricas textiles moscovitas donde los ingenieros abandonaron el trabajo e inutilizaron las máquinas, oficiales de ferrocarriles capturados por los obreros en el momento en que estropeaban las locomotoras...

Una parte considerable de las clases pudientes prefería los alemanes a la Revolución —e incluso al Gobierno Provisional— y no vacilaba en decirlo. En la familia rusa donde yo vivía el tema casi constante de las conversaciones en torno a la mesa era la próxima llegada de los alemanes, portadores de “la legalidad y el orden...”. Cierta vez tuve que pasar la tarde en la casa de un comerciante moscovita; mientras tomábamos el té, preguntamos a las once personas sentadas a la mesa a quién preferían: «a Guillermo o a los bolcheviques». Diez contra uno dijeron que a Guillermo...

Los especuladores se aprovechaban de la ruina general, amasaban fabulosas fortunas y las dilapidaban en fantásticas bacanales o en corromper a los funcionarios del Gobierno. Escondían los víveres y el combustible o los enviaban secretamente a Suecia. En los primeros cuatro meses de la Revolución, por ejemplo, de los depósitos municipales de Petrogrado se robaba casi abiertamente la reserva de víveres, de modo que la provisión de grano para dos años se redujo hasta el punto de no alcanzar para alimentar a la ciudad durante un mes... Según el comunicado oficial del último ministro de Abastos del Gobierno Provisional, el café se compraba en Vladivostok al por mayor a dos rublos la libra y el consumidor lo pagaba en Petrogrado a 13 rublos. En todos los comercios de las grandes ciudades había toneladas enteras de víveres y de ropa, pero sólo podían adquirirlos los ricos.

Conocí en una ciudad provinciana a una familia de comerciantes formada por especuladores, *marodiori* (merodeadores), como les llaman los rusos. Tres hijos se habían librado del servicio militar pagando fuertes sumas. Uno de ellos especulaba con víveres. Otro vendía el oro robado en las minas del Lena a misteriosos compradores de Finlandia. El ter-

cero había adquirido la mayor parte de las acciones de una fábrica de chocolates y vendía el chocolate a las cooperativas locales a condición de que éstas le proveyeran de todo lo necesario. De este modo, mientras las masas del pueblo recibían un cuarto de libra de pan negro al día por su cartilla de racionamiento, él tenía en abundancia pan blanco, azúcar, té, caramelos, galletas y mantequilla... Y, sin embargo, cuando los soldados en el frente no podían pelear más de frío, hambre y extenuación, los componentes de esta familia clamaban indignados: «¡Cobardes!» y «se avergonzaban de ser rusos»... Para ellos los bolcheviques, que acabaron por descubrir y requisar las grandes reservas de comestibles que ellos habían ocultado, eran meros “saqueadores”.

Bajo toda esta podredumbre externa conspiraban secreta y muy activamente las tenebrosas fuerzas del viejo régimen, que no habían cambiado desde los tiempos de la caída de Nicolás II. Los agentes de la famosa *Ojranka* seguían actuando a favor y en contra del zar, a favor y en contra de Kerenski, en una palabra, a favor de cualquiera que les pagase... Actuaban en la sombra organizaciones clandestinas de toda especie, como, por ejemplo, la centurias negras, tratando de restaurar la reacción en una u otra forma.

En este ambiente de corrupción general y de monstruosas verdades a medias dejábase oír día tras día una sola y dar nota del creciente coro de los bolcheviques: «¡Todo el poder a los Soviets! Todo el poder a los verdaderos representantes de millones de obreros, soldados y campesinos. Pan, tierra, fin de la insensata guerra, fin de la diplomacia secreta, de la especulación, de la traición... ¡La revolución está en peligro y con ella la causa general del pueblo en todo mundo!».

La lucha entre el proletariado y la burguesía, entre los Soviets y el Gobierno, iniciada ya en los primeros días marzo, se acercaba a su apogeo. Rusia, que había salvado un salto la distancia entre el medioevo y el siglo XX, ofrecía al mundo asombrado dos revoluciones política y social en mortal combate.

¡Qué sorprendente vitalidad revelaba la Revolución rusa después de tantos meses de hambre y desilusiones! La burguesía tenía que haber conocido mejor su Rusia. Ahora muy pocos días separaban a Rusia del pleno desarrollo de la “enfermedad” revolucionaria...

Lanzando una mirada retrospectiva, Rusia antes de la Insurrección de Noviembre parece un país de otro siglo, casi increíblemente conservador. Tan rápidamente hubo que adaptarse al nuevo ritmo acelerado de la vida. Las relaciones políticas rusas se desplazaron inmediata y totalmente a la izquierda hasta el punto de que los kadetes fueron puestos al margen de la ley como “enemigos del pueblo”, Kerenski se convirtió en “contrarrevolucionario”, los líderes socialistas “moderados” Tsereteli, Dan, Líber, Gots y Avxéntiev resultaron demasiado reaccionarios para sus propios seguidores y hasta hombres como Víktor Chernov y Máximo Gorki se encontraron en el ala derecha...

Aproximadamente a mediados de diciembre de 1917 un grupo de líderes eseristas hizo una visita privada al embajador inglés, Sir George Buchanan, suplicándole que no hablase a nadie de esta visita porque estaban considerados “demasiado derechistas”.

«¡Hay que ver –dijo Sir George–, hace un año mi Gobierno me dio instrucciones de no recibir a Miliukov porque tenía fama de izquierdista peligroso!».

Septiembre y octubre son los peores meses del año ruso y particularmente del año de Petrogrado. Del cielo nublado y gris cae incesantemente durante todo el día más y más corto una lluvia que cala hasta los huesos. En todas partes se ve un barro espeso, resbaladizo y pegajoso, amasado por las pesadas botas y más pavoroso que nunca por el total desmoronamiento de la administración urbana. Desde el Golfo de Finlandia sopla un viento cortante y húmedo y las calles están envueltas por una bruma fría. De noche –por motivos de economía o por miedo a los zepelines– sólo permanecen encendidos escasos y macilentos faroles callejeros; los domicilios particulares sólo tienen electricidad de las 6 a las 12 y las

velas cuestan a cuarenta centavos* la pieza y es casi imposible conseguir queroseno. Desde las 3 de la tarde hasta las 10 de la mañana se vive a oscuras. Se dan infinitos casos de atracos y robos. En las casas los hombres hacen por turno guardia de noche, armados con escopetas cargadas. Así se vivía bajo el Gobierno Provisional.

A cada semana escasean más los víveres. La ración de pan disminuyó de una libra y media a una libra, luego a tres cuartos de libra, media libra y un cuarto de libra. Por fin llegó una semana entera en que no dieron absolutamente pan. De azúcar correspondían dos libras al mes, pero estas dos libras había que conseguirlas y era raro quien lo lograba. La pastilla de chocolate, o la libra de caramelos insulsos, costaba de siete a diez rublos, o sea, un dólar por lo menos. La mitad de los niños de Petrogrado no probaba la leche; en muchos hoteles y casas particulares no la veían durante meses enteros. Aunque era la temporada de la fruta, las manzanas y peras se vendían en las calles casi a rublo cada una...

Por la leche, el pan, el azúcar y el tabaco había que permanecer largas horas en las colas bajo la lluvia friolenta. Al volver a casa de un mitin, que se había prolongado toda la noche, vi como a la puerta de una tienda había comenzado a formarse una cola, principalmente de mujeres; muchas de ellas llevaban en brazos niños de pecho... Carlyle dice en su *Revolución Francesa* que los franceses se distinguen de todos los demás pueblos del mundo por su capacidad para permanecer en las colas. Rusia comenzó a adquirir esta capacidad bajo el reinado de Nicolás el Bienaventurado ya en 1915 y desde entonces las colas aparecían intermitentemente hasta que en el verano de 1917 se convirtieron en la cosa más natural. ¡Imagínense lo que suponía para aquellas personas vestidas de cualquier manera permanecer estacionadas días enteros en las calles de Petrogrado, aprisionadas y blanqueadas por la helada en el terrible invierno ruso! Yo prestaba oído a

* Al cambio de entonces el centavo equivalía a 3-5 kopeks (N. de la Ed.).

las conversaciones en las colas del pan. A través de la sorprendente bondad de la gente rusa se abrían paso de vez en cuando biliosas y amargas notas de descontento...

Por supuesto, los teatros estaban abiertos todas las noches, incluyendo los domingos. Karsávina actuaba en un nuevo ballet en el Mariinski y toda la Rusia balletómana acudía a verla. Cantaba Shaliapin. En el Alexandrinki Meyerhold* había reestrenado el drama de Alexéi Tolstói *La muerte de Iván el Terrible*. De este espectáculo se me grabó particularmente en la memoria un cadete del cuerpo imperial de pajes** con uniforme de gala que en todos los entreactos permanecía cuadrado de cara al palco imperial vacío, del cual habían arrancado ya todas las águilas. El Teatro Krivoie Zérkalo (Espejo Curvo) presentaba una suntuosa versión de *Reigen*, de Schnitzler***.

El Ermitage y todas las demás galerías de pintura habían sido evacuadas a Moscú; sin embargo, en Petrogrado se inauguraban todas las semanas exposiciones de arte. Multitudes de mujeres de los medios intelectuales frecuentaban asiduamente las conferencias de arte, literatura y ensayos filosóficos. Los teósofos tenían una temporada particularmente animada. El Ejército de Salvación, admitido en Rusia por primera vez en la historia, fijaba en todas las paredes anuncios de reuniones evangélicas que pasmaban y divertían al propio tiempo al auditorio ruso...

Como sucede siempre en tales casos, la pequeña vida cotidiana de la ciudad seguía su curso, esforzándose lo más posible por no reparar en la Revolución. Los poetas escribían versos, pero no sobre la Revolución. Los pintores realistas pintaban escenas de la historia antigua rusa, de todo lo que se quisiera, menos de la Revolución. Las señoritas provincianas llegaban a Petrogrado a estudiar francés y canto. Por los co-

* Meyerhold V. E. (1874-1940): actor y director escénico soviético (N. de la Ed.).

** *Cuerpo de Pajes*: institución de enseñanza militar privilegiada de la Rusia zarista para los hijos de los generales y altos dignatarios (N. de la Ed.).

*** Schnitzler Artur (1862-1931): escritor austríaco (N. de la Ed.).

rredores y vestíbulos de los hoteles se paseaban jóvenes oficiales, elegantes y alegres, presumiendo de *bashlyki* (capucha) escarlata, con pasamanos de oro y repujados sables caucásicos. Al mediodía, las damas de los funcionarios de segundo orden alternaban tomando el té, para lo cual llevaban en el manguito un pequeño azucarero de plata o de oro y medio panecillo; estas damas soñaban en voz alta lo bueno que sería si volviera el zar, o llegasen los alemanes, o sucediera cualquier otra cosa que pudiese resolver el problema acuciante de la servidumbre... La hija de un conocido mío volvió una vez al mediodía a su casa presa de un ataque de histeria porque ¡la cobradora del tranvía la había llamado “camarada”!

En torno, la inmensa Rusia sufría las convulsiones y torsuras del parto del mundo nuevo. La servidumbre, tratada antes como bestias y a la que casi no pagaban nada, adquirió noción de su propia dignidad. Un par de zapatos costaba más de cien rublos y, como el sueldo medio no pasaba de treinta y cinco rublos al mes, las criadas se negaban a estar en las colas y gastar su calzado. Pero no era todo. En la nueva Rusia cada uno –lo mismo hombre que mujer– había recibido derecho a voto; aparecieron periódicos obreros que hablaban de cosas nuevas y pasmosas; aparecieron los Soviets; aparecieron los sindicatos. Hasta los *izvóschiki* (cocheros) tenían su sindicato y su representante en el Soviet de Petrogrado. Los criados y camareros se organizaron y renunciaron a las propinas. En todos los restaurantes pendían carteles que decían: «Aquí no se admiten propinas» o «Si un trabajador tiene que servir la mesa para ganarse el pan, eso no es motivo para que se le ofenda con la limosna de una propina».

En el frente los soldados peleaban con sus oficiales y aprendían a autogobernarse a través de sus comités. En las fábricas adquirían experiencia y fuerza y la comprensión de su misión histórica en la lucha contra el viejo orden los comités de empresa*, organizaciones rusas sin parangón. Toda Rusia aprend

* Véase Notas y aclaraciones. -J. Reed. La Conferencia de comités de empresa de Petrogrado, celebra del 30 de mayo (12 de junio) al 3 (16) de junio, en su inmensa mayoría (75% de los delegados) siguió a los bolcheviques (N. de la Ed.).

día a leer y efectivamente leía libros, de política, economía e historia, leían porque la gente quería saber... En cada ciudad, en la mayoría de las ciudades inmediatas al frente cada partido político sacaba su periódico y a veces varios. Miles de organizaciones imprimían centenares de miles de folletos políticos, inundando con ellos las trincheras y aldeas, las fábricas y las calles de las ciudades. La sed de instrucción tanto tiempo frenada abrióse paso al mismo tiempo que la Revolución con fuerza espontánea. En los primeros seis meses de la Revolución tan sólo del Instituto Smolny se enviaban a todos los confines del país toneladas, camiones y trenes de publicaciones. Rusia se tragaba el material impreso con la misma insaciabilidad con que la arena seca absorbe el agua. Y todo aquello no eran fábulas, no era la historia falsificada, diluida por la religión, no era maculatura barata y corruptora, sino teorías sociales y económicas, filosofía, obras de Tolstói, Gógol y Gorki...

Luego la palabra. Rusia vióse inundada de tal torrente de discursos que, en comparación, «la avalancha de locuacidad francesa», de la que habla Carlyle, no pasa de ser un arroyuelo. Conferencias, controversias, discursos en los teatros, circos, escuelas, clubs, salas de los Soviets, locales sindicales, cuarteles... Mítines en las trincheras del frente, en las plazuelas aldeanas, en los patios de las fábricas. ¡Qué asombroso espectáculo ofrece la fábrica Putílov cuando de sus muros salen en compacto torrente cuarenta mil obreros para oír a los socialdemócratas, eseristas, anarquistas, a quien sea, hable de lo que hable y por mucho tiempo que hable! Durante meses enteros, cada encrucijada de Petrogrado y otras ciudades rusas era una constante tribuna pública. Surgían discusiones y mítines espontáneos en los trenes, en los tranvías, en todas partes...

Y los congresos y conferencias de toda Rusia a los que acudían personas de los dos continentes: congresos de los Soviets, de las cooperativas, de los zemstvos*, de las nacionalidades, del clero, de los campesinos, de los partidos políticos;

* Véase Notas y aclaraciones. -J. Reed.

la Conferencia Democrática, la Conferencia de Estado de Moscú, el Consejo de la República Rusa... En Petrogrado se reunían constantemente tres o cuatro congresos a la vez. Las tentativas de limitar el tiempo de los oradores fracasaban estrepitosamente en todos los mítines y cada uno tenía la plena posibilidad de expresar todos sus sentimientos e ideas...

Llegamos al frente, al XII Ejército, que se hallaba cerca de Riga, donde los hombres descalzos y extenuados se morían de hambre y enfermedades entre la inmundicia de las trincheras. Al vernos se levantaron a nuestro encuentro. Tenían los rostros demacrados; a través de los agujeros de la ropa azuleaban las carnes y la primera pregunta fue: «¿Han traído algo para leer?».

Eran muchos los síntomas externos y visibles del cambio realizado, pero aunque en las manos de la estatua de Catalina la Grande, frente al Teatro Alexandrinski, había una bandera roja, aunque en todos los edificios públicos también ondeaban banderas rojas, por cierto, a veces desteñidas, y los escudos y águilas imperiales habían sido en todas partes arrancados o tapados, aunque en vez del feroz *gorodovói* (policía urbano) custodiaba las calles la milicia civil bondadosa e inerme, se conservaban sin embargo muchos extraños anacronismos.

Por ejemplo, conservaba todo su vigor la *Tábel Rángov*—tabla jerárquica— que Pedro el Grande impuso con mano férrea a toda Rusia. Casi todos, comenzando por los escolares, seguían llevando el uniforme de antes con las águilas imperiales en los botones y en el cuello. A eso de las cinco de la tarde llenaban las calles hombres de edad con uniforme y portafolios. Al volver a casa del trabajo en los enormes ministerios parecidos a cuarteles y en otras instituciones oficiales, posiblemente calculaban la rapidez con que la mortalidad entre los jefes les acercaba al ansiado rango de asesor colegiado o consejero privado, a la perspectiva de un retiro honroso con pensión completa y tal vez con la Orden de Santa Ana al cuello... *

* *Orden de Santa Ana*: una de las condecoraciones zaristas que se llevaban de una cinta al cuello (N. de la Ed.).

Le sucedió un caso curioso al senador Sokolov que en plena Revolución se presentó un día de paisano en la reunión del Senado. ¡No le permitieron tomar parte en la reunión porque no llevaba la librea que tenía prescrita como servido del zar!

Sobre este fondo de efervescencia y disgregación de la nación entera se desplegó el panorama del levantamiento de las masas populares rusas...

Capítulo II

ADVENIMIENTO DE LA TEMPESTAD

En septiembre*, emprendió la marcha sobre Petrogrado el general Kornílov para proclamarse dictador militar de Rusia. A su espalda descubrióse de pronto el puño blindado de la burguesía, que intentaba osadamente abatir la Revolución. En la conjura de Kornílov se hallaban complicados varios ministros socialistas. Se sospechaba del propio Kerenski¹. Sávkov, a quien el Comité Central de su partido —el Partido Socialista-Revolucionario— pidió explicaciones, se negó a darlas y fue expulsado del partido. A Kornílov lo detuvieron los comités de soldados. Muchos generales fueron pasados a la reserva, varios ministros perdieron sus carteras y el gabinete cayó.

Kerenski intentó formar un nuevo Gobierno con participación de representantes de los kadetes, partido de la burguesía. El Partido Socialista-Revolucionario, al que pertenecía, le ordenó prescindir de los kadetes. Kerenski no obedeció y amenazó con que, si los socialistas insistían en su actitud, él presentaría la dimisión. Sin embargo, el sentir del pueblo era tan firme y claro que en aquel tiempo no se atrevió a oponérsele. Se formó un directorio provisional de cinco ministros** con Kerenski a la cabeza, que asumió el poder hasta que se resol-

* En agosto (según el vicio calendario) (N. de la Ed.).

** Formaban el directorio provisional Kerenski, Nikitin, Teréschen. k., Verjovski y Verderevski (N. de la Ed.).

viera definitivamente el problema de la composición del Gobierno.

La sublevación de Kornílov unió a todos los grupos socialistas –tanto “moderados” como revolucionarios– en un apasionado impulso de autodefensa. No debía haber más korniloviadas. Era preciso formar un nuevo Gobierno responsable ante los elementos que apoyaban la Revolución. Por eso el CEC propuso a todas las organizaciones democráticas enviar delegados a la Conferencia Democrática, que debía abrirse el mes de septiembre en Petrogrado.

En el CEC se formaron inmediatamente tres tendencias. Los bolcheviques exigían la convocatoria inmediata del Congreso de los Soviets de toda Rusia y el paso a éste de todo el poder. Los eseristas centristas, dirigidos por Chernov, junto con los eseristas de izquierda que encabezaban Kamkov y Spiridónova, los mencheviques internacionalistas con Márto al frente y los mencheviques centristas*, representados por Bogdánov y Skóbelev, reclamaban la formación de un Gobierno socialista homogéneo. Los mencheviques derechistas, capitaneados por Tsereteli, Dan y Líber, y los eseristas derechistas a los que dirigían Avxéntiev y Gots, insistían en que participasen en el nuevo Gobierno representantes de las clases pudientes.

Casi inmediatamente después de esto los bolcheviques conquistaron la mayoría en el Soviet de Petrogrado y más tarde en los Soviets de Moscú, Kíev, Odesa y otras ciudades.

Los mencheviques y eseristas que predominaban en el CEC se alarmaron y decidieron que, a fin de cuentas, Lenin era para ellos más terrible que Kornílov. Modificaron el orden de representación en la Conferencia Democrática², destinando muchos más puestos a las cooperativas y otras organizaciones conservadoras. Pero incluso esta Conferencia seleccionada adrede se pronunció al principio por un Gobierno de coalición sin kadetes. Sólo la franca amenaza de

* Véase *Notas y aclaraciones*. -J. Reed.

Kerenski de presentar la dimisión y los desesperados alaridos de los socialistas “moderados”, gritando que «la República estaba en peligro» obligaron a la Conferencia a aceptar por una mayoría insignificante el principio de la coalición con la burguesía y a sancionar la creación de algo semejante a un parlamento consultivo sin ningún poder legislativo con el nombre de Consejo Provisional de la República Rusa. En el nuevo Ministerio los representantes de las clases pudientes de hecho lo dirigían todo y en el Consejo de la República Rusa obtuvieron un número de actas desproporcionadamente grande.

El CEC prácticamente no representaba ya a la masa popular en los Soviets y, sin ningún motivo legal, se negó a convocar el II Congreso de los Soviets de toda Rusia, que debía abrirse en septiembre. El CEC no tenía el menor propósito de convocar el Congreso o de permitir que se reuniera. Su órgano oficial, *Izvestia*, comenzó a insinuar que la misión de los Soviets casi había terminado ya³ y que tal vez pronto serían disueltos... Y entretanto el nuevo Gobierno declaró también que en su programa entraba la liquidación de las “organizaciones irresponsable”, es decir, de los Soviets.

Los bolcheviques respondieron llamando a los Soviets a reunirse en Congreso el 2 de noviembre (20 de octubre) en Petrogrado y a tomar en sus manos el poder en Rusia. Al propio tiempo abandonaron el Consejo de la República Rusa, declarando que no querían tomar parte en «un Gobierno de traición al pueblo»⁴.

Sin embargo, la salida de los bolcheviques no dio el sosiego al malhadado Consejo de la República. Las clases pudientes, que se encontraban en el poder, se envalentonaron. Los kadetes declararon que el Gobierno no tenía derecho legal a proclamar la República en Rusia. Exigían la aplicación de medidas severas en el Ejército y en la Armada con objeto de disolver los comités de soldados y marinos y emprendieron el ataque contra los Soviets. Y en el ala opuesta del Consejo de la República, los mencheviques internacionalistas y los eseristas de izquierda propugnaban la conclusión inme-

diata de la paz, la entrega de la tierra a los campesinos y la implantación del control obrero en la industria, o sea, prácticamente el programa bolchevique.

Yo tuve ocasión de oír un discurso de Mártov contra los kadetes. Encorvado sobre la tribuna, como mortal enfermo que estaba, señalando con el dedo a las derechas, dijo con voz ronca apenas inteligible:

«Ustedes nos llaman derrotistas. Pero los verdaderos derrotistas son los que esperan el momento favorable para concluir la paz, los que demoran interminablemente la paz hasta que del Ejército ruso no quede nada, hasta que la propia Rusia sea objeto de chalaneo entre los grupos imperialistas... Ustedes tratan de imponer al pueblo ruso una política dictada por los intereses de la burguesía. El problema de la paz debe ser resuelto inmediatamente... Y entonces verán que no trabajaron en vano aquéllos a quienes ustedes llaman agentes alemanes, o sea, los zimmerwaldistas*, que prepararon el despertar de la conciencia de las masas democráticas en todo el mundo....».

Entre estos grupos se debatían los mencheviques y los eseristas, percibiendo por la izquierda la presión del creciente descontento de las masas. Una profunda hostilidad dividía el Consejo de la República en grupos antagónicos.

Ésta era la situación, cuando la noticia largamente esperada de la Conferencia General de los Aliados en París planteó en toda su envergadura los problemas candentes de la política extranjera...

En teoría todos los partidos socialistas rusos abogaban por la más pronta conclusión de la paz en condiciones democráticas. Ya en mayo (abril) de 1917, el Soviet de Petrogrado dirigido a la sazón por mencheviques y eseristas, hizo públicas las conocidas condiciones rusas de la paz. En ellas se exigía que los aliados convocasen una conferencia para examinar los objetivos de la guerra. La conferencia fue prometida

* Miembros del ala internacionalista revolucionaria del socialismo europeo. Fueron llamados así por su Conferencia Internacional, celebrada en 1915 en Zimmerwald (Suiza). -J. Reed.

para agosto, después postergada para septiembre, luego para octubre y más tarde se fijó para el 10 de noviembre (28 de octubre)*.

El Gobierno Provisional se proponía enviar a esta conferencia a dos representantes: al general Alexéev, de sentimientos muy reaccionarios, y al ministro de Negocios Extranjeros Teréschenko. Los Soviets, por su parte, eligieron a Skóbelev como su representante y redactaron un manifiesto, el famoso *nakaz*, que debía servirle de instrucción⁵. El Gobierno Provisional no reconocía a Skóbelev ni su mandato; la diplomacia aliada también protestó. La cosa terminó en que Bonar Law** declaró fríamente, respondiendo a una interpelación en la Cámara de los Comunes británica: «Por lo que yo sé, la Conferencia de París no examinará los objetivos de la guerra, sino los modos de hacerla...».

La prensa conservadora rusa no cabía en sí de júbilo y los bolcheviques gritaban: «¡Ahí tenéis a dónde ha conducido a los mencheviques y eseristas la táctica conciliadora!».

Y por todo el frente de miles de millas*** de longitud se encrespaba como la marea del océano el Ejército ruso de millones y millones de hombres, enviando a la capital nuevos y nuevos cientos de delegaciones que exigían: «¡Paz! ¡Paz!».

Yo crucé el río y me dirigí al Circo Moderno, a uno de los grandes mítines populares que se celebraban por toda la ciudad, reuniendo cada noche más público. Desconchado, el tétrico anfiteatro, alumbrado por cinco bombillas que parpadeaban débilmente, pendientes de un delgado alambre, se hallaba abarrotado hasta el techo de soldados, marinos, obreros y mujeres, y todos escuchaban con tal tensión como si de ello dependiera su vida. Hablaba un soldado de cierta 548 División.

* La conferencia no se celebró debido a la caída del Gobierno Provisional (N. de la Ed.).

** *Andrew Bonar Law* (1858-1928): político inglés, líder conservador, en 1917 Canciller del Tesoro (Ministro de Hacienda) en el Gobierno de coalición de Lloyd George y líder de la Cámara de los Comunes (N. de la Ed.).

*** La milla es igual a 1,6 kilómetros. (N. de la Ed.).

«¡Camaradas! –gritaba, y en su demacrado rostro y gestos de desesperación dejábase sentir una verdadera angustia–, los de arriba nos llaman constantemente a hacer nuevos y nuevos sacrificios, pero a los que tienen de todo no los tocan.

Nosotros peleamos con Alemania. ¿Invitaremos a los generales alemanes a trabajar en nuestro Estado Mayor? Y nosotros, que peleamos también con los capitalistas, los invitamos a pesar de todo, a formar parte de nuestro Gobierno...».

El soldado dice: «Mostradme por qué me bato yo. ¿Por Constantinopla o por la Rusia libre? ¿Por la democracia o por las conquistas capitalistas? Si a mí me demuestran que defendiendo la Revolución, iré a pelear y no tendrán que arreararme con los fusilamientos».

«¡Cuando la tierra pertenezca a los campesinos, las fábricas a los obreros y el poder a los Soviets, sabremos que tenemos algo por qué pelear y entonces peharemos!».

En los cuarteles, en las fábricas, en las esquinas, en todas partes peroraban infinidad de soldados, exigiendo la paz inmediata, declarando que si el Gobierno no daba pasos enérgicos para conseguir la paz, el Ejército abandonaría las trincheras y los soldados se volverían a sus casas.

Un representante del VIII Ejército decía:

«Somos débiles y quedamos unos cuantos hombres nada más en cada compañía. Si no nos dan víveres, botas y refuerzos, en el frente no tardarán en vaciarse las trincheras. Paz o avituallamiento... Que el Gobierno ponga fin a la guerra o abastezca al Ejército...».

De la 46 Brigada siberiana de artillería:

«Los oficiales no quieren trabajar con nuestros comités, nos entregan al enemigo, fusilan a nuestros agitadores y el Gobierno contrarrevolucionario les apoya. Creíamos que la Revolución nos daría la paz. Pero en vez de eso el Gobierno nos prohíbe incluso hablar de estas cosas y no nos da comida suficiente para vivir ni municiones suficientes para guerrear...».

Entretanto de Europa llegaban rumores sobre una paz expensas de Rusia...⁶

El descontento se acrecentaba por las noticias de la situación de las tropas rusas en Francia. La Primera Brigada había intentado sustituir a sus oficiales por comités de soldados, como habían hecho sus compañeros en Rusia, y se negó a partir para Salónica, exigiendo la repatriación. La cercaron, la mataron de hambre y, por último, la cañonearon con artillería, resultando muchos muertos...⁷

El 26 (13) de octubre me dirigí a la sala de mármol blanco y rojo del Palacio Mariinski, donde sesionaba el Consejo de la República. Quería escuchar a Teréschenko: debía dar lectura a la declaración del Gobierno sobre la política exterior, que tanto tiempo y con tan apasionada impaciencia aguardaba el país, extenuado por la guerra y sediento de paz.

Un joven alto, de pronunciados pómulos, impecablemente vestido y rasurado, leía en voz baja su discurso, que había sido redactado con el mayor cuidado y no obligaba a nada⁸... Los mismos tópicos sobre el aplastamiento del militarismo germano en estrecha unión con los heroicos aliados sobre “los intereses nacionales de Rusia” y sobre las “dificultades” originadas por el mandato a Skóbelev. Teréschenko terminó con las siguientes palabras, que constituían la esencia de su discurso:

«Rusia es una gran potencia. Rusia continuará siendo una gran potencia, pase lo que pase. Todos debemos defenderla, tenemos que demostrar que somos defensores de un gran ideal e hijos de una gran potencia».

Nadie quedó satisfecho de este discurso. Los reaccionarios exigían una política imperialista “rígida” y los partidos democráticos querían recibir garantías de que el Gobierno iba a procurar la paz. Cito un editorial del periódico *Rabochi i Soldat*, (*Obrero y Soldado*), órgano del Soviet bolchevique de Petrogrado:

«Respuesta del Gobierno a las trincheras.

El señor Teréschenko, ministro de Negocios Extranjeros, pronunció un extenso discurso en el anteparlamento acerca de la guerra y la paz. ¿Y qué reveló al Ejército y al pueblo el más callado de nuestros ministros?

Primero: estamos estrechamente unidos a nuestros aliados (no a los pueblos, sino a sus gobiernos).

Segundo: la democracia no debe razonar sobre la posibilidad o imposibilidad de sostener la campaña de invierno, son los gobiernos aliados los que deben decidir.

Tercero: la ofensiva del 18 de junio fue una empresa bienhechora y afortunada (Teréschenko silenció las consecuencias de la ofensiva).

Cuarto: no es cierto que los gobiernos aliados no se preocupen de nosotros. “Contamos con determinadas declaraciones de nuestros aliados”... ¿Declaraciones? ¿Y los hechos? ¿Y la conducta de la Marina inglesa? ¿Y las conversaciones del Rey de Inglaterra con el contrarrevolucionario desterrado Gurkó? El ministro lo silenció.

Quinto: el mandato a Skóbelev es malo, los aliados y los diplomáticos rusos están descontentos de este mandato y “en la Conferencia Aliada debemos hablar en un mismo lenguaje”.

¿Y eso es todo? Todo. Pero, ¿dónde está la salida? La fe en los aliados y en Teréschenko. ¿Y cuándo advendrá la paz? Cuando lo permitan los aliados.

Tal es la respuesta del Gobierno Provisional a las trincheras en el problema de la paz».

Y, al propio tiempo, en el segundo plano de la política rusa empezaron a dibujarse los vagos contornos de una fuerza siniestra: los cosacos. El periódico de Gorki, *Nóvaya Zhizn*, llamó la atención de los lectores sobre su actividad:

«...Durante los días de febrero los cosacos no dispararon contra el pueblo, durante la sublevación de Kornílov no se sumaron al traidor...

En los últimos tiempos su papel cambia un poco: de la lealtad pasiva pasan a la activa ofensiva política...».

El Gobierno Provisional pasó a la reserva a Kaledin, atamán de las tropas cosacas del Don, por su participación en el complot de Kornílov. Kaledin negóse en redondo a abandonar su puesto y se hizo fuerte en Novocherkassk, rodeado por tres enormes ejércitos cosacos, fraguaba complots y amenazaba sublevarse. Su fuerza era tan grande que el Gobierno

tuvo que hacer la vista gorda a su insubordinación. Es más, vióse obligado a reconocer formalmente el Consejo de la Unión de Tropas Cosacas y declarar ilegal la sección cosaca de los Soviets, recién formada.

A comienzos de octubre se presentó a Kerenski una delegación de cosacos que tuvo la desfachatez de exigir el cese de los ataques a Kaledin y de echar en cara al jefe del Gobierno que consentía muchas cosas a los Soviets. Kerenski accedió a dejar tranquilo a Kaledin y, según se comunicaba, dijo: «Los dirigentes del Soviet me tienen por déspota y tirano... Por lo que respecta al Gobierno Provisional, éste no sólo no se apoya en los Soviets, sino que siente mucho que existan en general».

Al mismo tiempo otra delegación cosaca se presentó al embajador inglés y en la conversación con él se llamó francamente representante del “pueblo cosaco libre”.

En el Don se formó una especie de república cosaca.

El Kubán se proclamó Estado cosaco independiente. En Rostov del Don y en Ekaterinoslav, los cosacos armados disolvieron los Soviets y en Járkov asaltaron el local del sindicato minero. El movimiento cosaco se revelaba en todas partes como un movimiento antisocialista y militarista. Sus líderes eran los nobles y grandes latifundistas como Kaledin, Kornílov, los generales Dútov, Karaúlov y Bardizhi y lo sostenían los grandes comerciantes y banqueros moscovitas.

La vieja Rusia se desmoronaba rápidamente. En Ucrania y Finlandia, Polonia y Bielorrusia el movimiento nacionalista se fortalecía y adquiriría grandes vuelos. Los gobiernos locales, dirigidos por las clases poseedoras, aspiraban a la autonomía y se negaban a acatar las disposiciones de Petrogrado. En Helsingfors el Senado finlandés rechazó el dinero del Gobierno Provisional, proclamó la autonomía de Finlandia y demandó la retirada de las tropas rusas. La Rada burguesa de Kíev extendió tanto las fronteras de Ucrania, que incluyeron ricas zonas agrícolas del sur de Rusia hasta los Urales y emprendió la formación de un Ejército nacional. El Primer Ministro de la Rada, Vinnichenko, hablaba de una paz por separado con Alemania y el Gobierno Provisional no

podía hacer nada con él. Siberia y el Cáucaso exigían asambleas constituyentes separadas. En todas estas regiones comenzaba ya una encarnizada lucha entre las autoridades locales y los Soviets de Diputados Obreros y Soldados.

El caos aumentaba de día en día. Centenares de miles de soldados desertaban del frente, desplazándose por el país en enormes y desordenadas oleadas. Los campesinos de las gobernaciones de Tambov y Tver, cansados de esperar la tierra, sumidos en la desesperación por las medidas represivas del Gobierno, pegaban fuego a las haciendas y mataban a los terratenientes. Inmensas huelgas y *lock-outs* estremecían Moscú, Odesa y la cuenca hullera del Donets. El transporte estaba paralizado, el Ejército sufría hambre y los grandes centros urbanos se habían quedado sin pan.

El Gobierno, desgarrado por la lucha entre los partidos democráticos y los reaccionarios, no podía hacer nada. Cuando, a pesar de todo, veíase obligado a emprender algo, sus acciones respondían invariablemente a los intereses de las clases poseedoras. Los cosacos eran enviados a restablecer el orden en las aldeas y sofocar las huelgas. En Tashkent las autoridades del Gobierno suprimieron el Soviet. En Petrogrado el Consejo Económico, instituido para restablecer la economía minada del país, se encontró en un atolladero: no podía resolver la contradicción antagónica entre el trabajo y el capital y Kerenski acabó por disolverlo. Los oficiales y generales del viejo régimen, apoyados por los kadetes, exigían medidas drásticas para restablecer la disciplina en el Ejército y en la Marina. En vano el almirante Verderevski, venerable ministro de Marina, y el general Verjovski, ministro de la Guerra, insistían en que sólo una nueva disciplina, voluntaria y democrática, basada en la colaboración de los cuadros de mando con los comités de soldados y marinos, podía salvar el Ejército y la Marina. Nadie les hacía caso.

Parecía que los reaccionarios se habían propuesto provocar adrede las iras del pueblo. Se acercaba el día del juicio de Kornílov. La prensa burguesa lo defendía cada vez más francamente, hablando de él como de un “gran patriota ruso”.

El periódico de Búrtsev* *Obschee Dielo (Causa Común)* exigía el establecimiento de la dictadura de Kornílov, Kaledin y Kerenski.

Con Búrtsev hablé un día en el escaño de la prensa del Consejo de la República Rusa. Era un hombrecillo pequeño y encorvado de cara rugosa, ojos miopes tras los gruesos cristales de los espejuelos, con una pelambarrera alborotada en la cabeza y una barba canosa.

«¡Recuerde lo que le digo, joven! Rusia necesita un hombre fuerte. Ya es hora de dejar de pensar en la Revolución para concentrarnos contra los alemanes. Los tontos, los tontos permitieron la derrota de Kornílov; y detrás de los tontos están los agentes alemanes. Kornílov debería haber vencido...».

La extrema derecha estaba representada por órganos mal encubiertos del monarquismo: *Narodni Tribún (Tribuno Popular)* de Purishkévich, *Nóvaya Rus (Nueva, Rusia)* y *Zhivoe Slovo (Palabra Viva)*, que incitaban abiertamente a exterminar la democracia revolucionaria.

El 23 (10) de octubre en el Golfo de Riga se libró una batalla naval con la escuadra alemana. So pretexto de que Petrogrado se hallaba en peligro, el Gobierno confeccionó los planes de la evacuación de la capital. Primero debían ser retiradas y distribuidas por toda Rusia las grandes fábricas que trabajaban para la defensa y luego el Gobierno pensaba trasladarse a Moscú. Los bolcheviques anunciaron inmediatamente que el Gobierno abandonaba la capital roja sólo para debilitar la revolución. ¡Riga ya fue vendida a los alemanes, ahora traicionan a Petrogrado!

La prensa burguesa deliraba de júbilo. «En Moscú -decía el periódico kadete *Riech (Discurso)* el Gobierno podrá trabajar en un ambiente de tranquilidad, sin estorbos por parte de los anarquistas». Rodzianko, líder del ala derecha del partido kadete, declaró en *Utro Rossii (La Mañana de Rusia)*

* Búrtsev V. L.: editor liberal burgués. Su periódico *Obschee Dielo* (1917) se oponía a los bolcheviques. Poco después de la Revolución, Búrtsev emigró a París, donde reanudó la edición del periódico, imprimiéndole una orientación monárquica (N. de la Ed.).

que la toma de Petrogrado por los alemanes sería una gran felicidad porque destruiría los Soviets y libraría a Rusia de la Flota revolucionaria del Báltico:

«Petrogrado está en peligro... –escribía–. Yo pienso: que quede con Dios. Temen que en Petrogrado sucumban las instituciones centrales (es decir, los Soviets, etc.). A esto yo respondo que me alegraré mucho de que todas estas instituciones sucumban, porque no han hecho a Rusia nada más que daño...

Con la toma de Petrogrado será destruida también la Flota del Báltico... Pero no hay que sentirlo: la mayoría de los buques de guerra está completamente desmoralizada».

La tempestad de indignación popular fue tan grande que hubo que desistir del plan de evacuación.

Entretanto el Congreso de los Soviets se cernía sobre Rusia como una nube tormentosa cargada de rayos. Se oponían a su convocatoria no sólo el Gobierno, sino también todos los socialistas “moderados”. Los comités centrales del Ejército y la Marina, los comités centrales de varios sindicatos, los Soviets de Diputados Campesinos y especialmente el CEC trataban con todas sus fuerzas de impedir la convocatoria del Congreso. *Izvestia* y *Golos Soldata* (*La Voz del Soldado*), periódicos fundados por el Soviet de Petrogrado, pero que se hallaban en manos del CEC, se oponían con fiereza al Congreso. Les apoyaba toda la artillería pesada de la prensa escritora: *Dielo Naroda* (*Causa del Pueblo*) y *Volia Naroda* (*Voluntad del Pueblo*).

Fueron enviados delegados a todo el país, por todos los cables telegráficos volaban instrucciones, exigiendo de los Soviets locales y de los comités del Ejército que anulasen o aplazasen las elecciones al Congreso. Pomposas resoluciones contra el Congreso, declaraciones de que la democracia no toleraría su apertura en vísperas de la Asamblea Constituyente, protestas de representantes de los frentes, de la Unión de los Zemstvos, de la Unión Campesina, de la Unión de Tropas Cosacas, de la Unión de Oficiales, de la Unión de Caballeros de San Jorge, de los “batallones de la muerte”... El Consejo de la República expresó también unánimemente su

aprobación. Toda la enorme máquina creada por la Revolución de Marzo en Rusia trabajaba con todas sus fuerzas para no permitir la apertura del Congreso de los Soviets.

Y en el otro lado estaban los deseos amorfos del proletariado: de los obreros, de los soldados rasos y de los campesinos pobres. Muchos Soviets locales se habían hecho ya bolcheviques; además existían las organizaciones del proletariado industrial, los *fabrichno-zavodskíe komitety* (comités de empresa) y las organizaciones revolucionarias del Ejército y la Marina dispuestas a levantarse. En muchos sitios el pueblo, al que no dejaban elegir legalmente a sus representantes, se reunía en mítines espontáneos donde elegía a los delegados a Petrogrado. En otros sitios el pueblo destitula a los viejos comités obstruccionistas y elegía nuevos comités. El fuego soterrado de la insurrección consumía la corteza que se había solidificado lentamente en la superficie de la lava revolucionaria inactiva durante todos estos meses. El Congreso de los Soviets de toda Rusia podía celebrarse sólo como resultado del movimiento espontáneo de las masas...

Día tras día los oradores bolcheviques recorrían los cuarteles y las fábricas, denunciando violentamente al “Gobierno de la guerra civil”. Cierta domingo nos dirigimos en un pequeño tren abarrotado, que se arrastraba por mares de suciedad frente a las fábricas sombrías y las enormes iglesias, a la *Obújovski Zavod*, fábrica de guerra del Gobierno, cerca de la Avenida de Schlüsselburg.

El mitin se celebró en una enorme nave sin terminar con las paredes de ladrillo desnudas. En torno a la tribuna, cubierta de tela roja, se apiñaba una muchedumbre de diez mil mujeres y hombres, todos de negro. La gente se apretaba en las pilas de leña y en los montones de ladrillo, se habían encaramado a las altas vigas que negreaban sombrías. Era un auditorio de tensa atención y estentóreas voces. El sol se abría paso de vez en cuando a través de los pesados y oscu-

* Véase *Notas y aclaraciones*. -J. Reed.

ros nubarrones, inundando de luz rojiza los huecos de las ventanas sin cristales y el mar de sencillos rostros vueltos hacia nosotros.

Lunacharski, delgado, parecido a un estudiante, con sensitivo rostro de artista, explicó por qué los Soviets debían tomar el poder. Sólo ellos podían defender la Revolución de sus enemigos, que arruinaban deliberadamente el país, disgregaban el Ejército y abonaban el terreno para un nuevo Kornílov.

Habló un soldado del frente rumano, un hombre flaco, de expresión trágica y ardiente. «Camaradas –gritó–, en el frente sufrimos hambre y nos helamos. Morimos por nada. Que los camaradas norteamericanos transmitan a América que nosotros, los rusos, nos batiremos hasta morir por nuestra Revolución. ¡Resistiremos con todas nuestras fuerzas hasta que se alcen en nuestra ayuda todos los pueblos del mundo! ¡Digan a los obreros norteamericanos que se levanten y luchen por la revolución social!».

Después se levantó Petrovski, fino, pausado e implacable:

«¡Basta de palabras, hora es de pasar a los hechos! La situación económica es muy mala, pero tendremos que adaptarnos a ella. Intentan rendirnos por el hambre y el frío, quieren provocarnos. Pero que sepan los enemigos que pueden llegar demasiado lejos; ¡si se atreven a tocar nuestras organizaciones proletarias, los barreremos de la faz de la tierra como basura!».

La prensa bolchevique crecía con inesperada rapidez. Además de los dos periódicos del Partido *Rabochi Put y Soldat* comenzó a aparecer *Derevénskaya Bednotá (Pobres del Campo)*, nuevo diario para los campesinos con una tirada de medio millón, y a partir del 30 (17) de octubre apareció *Rabochi i Soldat*. Su editorial resumía el punto de vista bolchevique:

«...La cuarta campaña de invierno sería mortal para el Ejército y el país. Al propio tiempo el peligro de la entrega se cierne sobre el Petrogrado revolucionario. Los contrarrevolucionarios acechan las calamidades del pueblo... Los campesinos desesperados han emprendido el camino de la franca

rebelión. Los terratenientes y los funcionarios aplastan a los campesinos mediante las expediciones punitivas. Las fábricas y empresas se cierran. Quieren reducir a los obreros por el hambre. La burguesía y sus generales exigen medidas despiadadas para restablecer la ciega disciplina en el Ejército. La korniloviada no duerme. Apoyados por toda la burguesía, los kornilovistas se preparan abiertamente para hacer fracasar la convocatoria de la Asamblea Constituyente.

El Gobierno de Kerenski... está contra los obreros, los soldados y los campesinos. Este Gobierno es la perdición del país...

Nuestro periódico aparece en días azarosos. *Rabochi i Soldat* será la voz del proletariado de Petrogrado y de la guarnición de la ciudad. *Rabochi i Soldat* defenderá intransigentemente los intereses de los campesinos pobres...

El pueblo debe ser salvado de la catástrofe. La Revolución debe ser llevada hasta el fin. El poder debe ser arrebatado de las manos criminales de la burguesía y entregado a los obreros organizados, a los soldados y campesinos revolucionarios...

El programa de nuestro periódico es el programa del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado.

¡Todo el poder a los Soviets, en el centro y en las localidades!

¡Armisticio inmediato en todos los frentes! ¡Paz democrática honrada a los pueblos!

¡La tierra de los latifundistas sin rescate a los campesinos!

¡Control obrero en la industria!

¡Una Asamblea Constituyente honradamente convoca da!...

Es curioso citar aquí otro pasaje del mismo periódico, del portavoz de los mismos bolcheviques a los que todo el mundo conoce tan bien como agentes alemanes:

«El kaiser alemán, bañado en la sangre de millones quiere lanzar sus tropas sobre Petrogrado. Llamemos en ayuda contra el kaiser a los obreros, soldados, marinos campesinos

alemanes que ansían la paz no menos que nosotros... «¡Abajo la guerra maldita!». ¿Quién debe hacer esta proposición?

El poder revolucionario, un auténtico Gobierno revolucionario que se apoye en el Ejército, en la Marina, en el proletariado y en los campesinos...

Este Gobierno se dirigiría por encima de las cabezas los diplomáticos, aliados y enemigos, directamente a las tropas alemanas. Llenaría las trincheras alemanas con millones de proclamas en alemán... Nuestros aviadores difundirían estas proclamas en el territorio alemán...».

Mientras tanto en el Consejo de la República cada día era más hondo el abismo entre ambos bandos.

«¡Las clases poseedoras –exclamaba el eserista de izquierda Karelin– quieren utilizar el aparato revolucionario del Estado para uncir Rusia a la carroza de guerra de los aliados! Los partidos revolucionarios están terminantemente contra esta política...».

El proyecto Nikolái Chaikovski, representante de los socialistas populares, se pronunció contra la entrega de la tierra a los campesinos y se puso al lado de los kadetes:

«Es necesario implantar inmediatamente en el Ejército una rigurosa disciplina... Desde el comienzo mismo de la guerra, no dejé de afirmar que dedicarse a las reformas sociales y económicas en tiempo de guerra es un crimen. Nosotros cometemos este crimen, aunque yo no soy enemigo de estas reformas, pues soy socialista...».

Gritos de la izquierda: «¡No le creemos!». Tempestuosos aplausos de la derecha...

Adzhémov declara en nombre de los kadetes que no hay ninguna necesidad de explicar al Ejército por qué se bate, ya que cada soldado debe comprender que el objetivo inmediato es limpiar de enemigo el territorio ruso.

El propio Kerenski pronunció en dos ocasiones apasionados discursos sobre la unidad nacional y, por cierto, al terminar uno de estos discursos, se echó a llorar. La asamblea le escuchó con frialdad y le interrumpió varias veces con observaciones irónicas.

El Instituto Smolny, sede del CEC y del Soviet de Petrogrado, se encuentra a la orilla del ancho Neva, en las afueras de la ciudad. Llegué allí en un tranvía repleto, que se arrasaba con quejumbroso tintineo a la velocidad de un caracol por las calles llenas de inmundicias. Cerca de la parada final se alzaban las hermosas cúpulas azulgrises del Convento Smolny, bordeadas de oro viejo y, a su lado, la enorme fachada cuartelera del Instituto Smolny, de doscientas yardas de longitud y tres pisos de altura, con el escudo imperial esculpido en piedra sobre la entrada principal, que parecía mostrarse de todo lo que ocurría...

Con el viejo régimen esto era un famoso convento-instituto* para hijas de la nobleza rusa, patrocinado por la zarina en persona. La Revolución se incautó de él y lo entregó a las organizaciones de obreros y soldados. Contaba con más de cien enormes habitaciones vacías; las placas esmaltadas intactas sobre las puertas rezaban: «Dama de la clase», «IV grado», «Sala de profesores». Pero sobre estas placas se veían ya señales de la nueva vida, letreros pintados toscamente que decían: «Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado», o «CEC», o bien «Buró de Negocios Extranjeros», «Unión de Soldados Socialistas», «Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia», «Comités de Empresa», «Comité Central del Ejército»... Aquí se encontraban también los comités centrales de los partidos políticos y las habitaciones donde se reunían.

En los largos corredores abovedados, alumbrados por escasas bombillas eléctricas, se apiñaban y transitaban infinidad de soldados y obreros, muchos de ellos encorvados bajo el peso de los bultos de periódicos, proclamas y propaganda impresa de todas clases. Las pesadas botas resonaban constante y sordamente como el trueno por los suelos de madera... En todas partes pendían carteles: «Camaradas: por vuestra propia salud, observad limpieza». En todos los rellanos y descansillos de las escaleras había largas mesas donde

* Instituto Smolny: establecimiento privado de enseñanza y educación adjunto al Convento Smolny (N. de la Ed.).

se acumulaban publicaciones de todos los partidos políticos imaginables destinadas a la venta.

En el espacioso y bajo refectorio de la planta baja seguía funcionando el comedor. Por dos rublos compré un ticket para comer; con otros mil me puse en la cola que llevaba a unas largas mesas tras las cuales veinte hombres y mujeres repartían a los comensales sopa de berza de enormes calderas, trozos de carne, montones de gachas y rebanadas de pan negro. Por cinco kopeks se podía recibir una taza de hojalata llena de té. En una cesta estaban las grasientas cucharas de madera. En los largos bancos, junto a las mesas, se estrechaban los proletarios hambrientos. Saciaban voraces el hambre, conversando a voces a través de toda la sala y diciendo chirigotas.

En el piso de arriba había otro comedor reservado para el CEC. Por cierto que podía entrar todo el que quisiera. Allí se podía recibir pan bien untado con mantequilla y todos los vasos de té que se desearan.

En el ala sur del primer piso se encontraba la vasta sala de las reuniones plenarias que había sido la sala de baile del Instituto. Era alta y blanca, alumbrada por candelabros blancos escarchados con centenares de bombillas eléctricas y dividida por dos filas de columnas macizas. Al fondo de la sala un tarimón, flanqueado de altos candelabros ramificados. Tras el tarimón, un marco dorado vacío del cual habían sacado el retrato del emperador. En los días solemnes en este tarimón se reunían en torno a las grandes duquesas oficiales de brillantes uniformes y eclesiásticos de suntuosas túnicas.

Enfrente de la sala se hallaba la Comisión de Actas del Congreso de los Soviets. Yo estaba en esta habitación y miraba a los delegados que iban llegando: corpulentos soldados barbudos, obreros de blusas negras, campesinos de luengas barbas. La joven que trabajaba en la Comisión –miembro del grupo de Plejánov “Yedinstvo”*– sonreía despectiva. «Este

* Véase *Notas y aclaraciones*. -J. Reed.

público no se parece nada al del Primer Congreso —observó—. ¡Qué gente tan tosca y atrasada! Son unos ignorantes...». Estas palabras contenían una parte de verdad. La Revolución había sacudido a Rusia hasta las capas más profundas y ahora estas capas afloraban a la superficie. La Comisión de Actas, designada por el viejo CEC, recusaba a un delegado tras otro con el pretexto de que habían sido elegidos ilegalmente. Pero Karakhán, miembro del Comité Central bolchevique, sólo se sonreía. «No importa —decía—, cuando empiece el Congreso, todos os sentaréis en vuestros sitios...».

Rabochi i Soldat decía:

«Llamamos la atención de los delegados al nuevo Congreso de toda Rusia acerca del intento de varios miembros del Comité Organizador de malograr el Congreso propalando rumores de que éste no se celebrará, de que vale más que los delegados se marchen de Petrogrado... No haced caso de esta mentira... Se acercan grandes días...».

Era evidente que para el 2 de noviembre (20 de octubre) no se habría reunido aún el quórum. Por eso aplazaron la apertura del Congreso hasta el 7 de noviembre (25 de octubre), pero todo el país era ya un hervidero y los mencheviques y eseristas, al ver que habían sido batidos, cambiaron bruscamente de táctica. Se pusieron a enviar telegramas desesperados a sus organizaciones de provincias para que éstas mandasen al Congreso el mayor número posible de delegados de los socialistas “moderados”. Al propio tiempo, el Comité Ejecutivo de los Soviets Campesinos lanzó un llamamiento extraordinario sobre la convocatoria de un Congreso Campesino para el 13 de diciembre (30 de noviembre) con el fin de paralizar cualquier acción emprendida por los obreros y soldados.

¿Qué pensaban hacer los bolcheviques? Por la ciudad, corrieron rumores de que los soldados y obreros preparaban una intentona. La prensa burguesa y reaccionaria hablaba de una insurrección y exigía del Gobierno que detuviese al Soviet de Petrogrado o, por lo menos, no permitiera la apertura del Congreso. Libelos como *Nóvaya Rus* instigaban una matanza general de bolcheviques.

El periódico de Gorki, *Nóvaya Zhizn*, estaba de total acuerdo con los bolcheviques en que los reaccionarios se proponían aplastar la Revolución y que, en caso necesario, había que resistir por la fuerza de las armas, pero consideraba que todos los los partidos de la democracia revolucionaria debían formar un frente unido:

«...Mientras la democracia no haya cohesionado sus fuerzas principales y mientras la resistencia a su influjo sea todavía bastante grande, no le conviene pasar a la ofensiva. Pero si pasan a la ofensiva las fuerzas hostiles, la democracia revolucionaria tendrá que entablar la lucha para tomar poder en sus manos. Entonces este paso contará con el apoyo de las más vastas capas del pueblo».

Gorki afirmaba que tanto los periódicos reaccionarios como los del Gobierno incitaban a los bolcheviques a violencia. Pero la insurrección sólo desbrozaría el camino un nuevo Kornílov. Gorki exigía de los bolcheviques desmintieran los rumores. Potrésy publicó en el menchevique *Dien (El Día)* un artículo sensacional, acompañado un mapa que pretendidamente revelaba el plan secreto operaciones de los bolcheviques.

Como por arte de magia, todas las paredes de Petrogrado se cubrieron de advertencias, proclamas¹⁰ y llamamientos de los comités centrales de los partidos “moderados” y conservadores y del CEC estigmatizando toda clase de manifestaciones y suplicando a los obreros y soldados que no atendieran a los agitadores. He aquí, por ejemplo, un llamamiento de la sección Militar del Partido Socialista- Revolucionario:

«...Nuevamente circulan por la ciudad rumores de que se preparan intentonas. ¿Cuál es la fuente de esos rumores? ¿Qué organización ha autorizado a sus agitadores a hablar de insurrección?... Los bolcheviques, cuando se les preguntó en el CEC, respondieron negativamente...».

Pero estos rumores entrañan un gran peligro. Puede ocurrir fácilmente que, sin tener en cuenta el sentir de la mayoría de las masas de obreros, campesinos y soldados, algunas cabezas calenturientas saquen a una parte de los obreros y soldados a la calle, llamándoles a la insurrección.

En la época dura y terrible que atraviesa la Rusia revolucionaria esta intentona puede convertirse fácilmente en el comienzo de una guerra civil y de la destrucción de todas las organizaciones del proletariado, del campesinado trabajador y del Ejército, creadas con tanto esfuerzo... Ellos (los contrarrevolucionarios) no tardarán en aprovechar la insurrección para comenzar los pogromos contrarrevolucionarios y frustrar, mediante una sangrienta lucha intestina, las elecciones a la Asamblea Constituyente. Y entretanto el contrarrevolucionario europeo Guillermo II prepara nuevos golpes...

¡Nada de intentonas! ¡Todos a sus puestos!...

El 28 (15) de octubre conversé en uno de los pasillos del Smolny con Kámenev, hombre de mediana estatura con puntiguda barbita rojiza y de animada gesticulación. No estaba muy seguro de que en el Congreso se reuniera suficiente número de delegados. «Si se celebra el Congreso –dijo–, representará el sentir principal del pueblo. Si la mayoría, como yo supongo, sigue a los bolcheviques exigiremos que el Gobierno Provisional dimita y entregue todo el poder a los Soviets...».

Volodarski, un joven alto, pálido y enfermizo con espejuelos, se expresaba con mucha mayor determinación: «Los Liberdanes* y demás conciliadores sabotean el Congreso. Pero aunque logren frustrarlo nosotros somos políticos bastante realistas para no detenernos por tales cosas...».

Fechados el 29 (16) de octubre hay en mi libreta de apuntes los siguientes pasajes de comunicados de la prensa :

«Moguiliov (Cuartel General del Alto Mando). Aquí se concentran regimientos seguros de la Guardia, la “división salvaje”, unidades cosacas y “batallones de la muerte”».

«El Gobierno ha ordenado a los junkers** de las escuelas de oficiales de Pávlovsk, Tsárskoe Seló y Peterhof estar dispuestos a marchar sobre Petrogrado. Los junkers de Oranienbaum están llegando a la ciudad.

* Liber y Dan (N. de la Ed.).

** Junkers: alumnos de las escuelas militares, que preparaban oficiales de vástagos de la nobleza (N. de la Ed.).

Parte de la división blindada de Petrogrado se ha estacionado en el Palacio de Invierno. Por una orden firmada por Trotski la fábrica de armas de Sestroretsk (empresa del Gobierno) entregó varios mil de fusiles a los delegados de los obreros de Petrogrado.

En un mitin de la milicia local del distrito de Nizhneliteini se aprobó una resolución, exigiendo la entrega de todo el poder a los Soviets...».

Y esto no es más que un botón de muestra de los desordenados acontecimientos de aquellos días febriles. Todos sabían que algo debía suceder, pero nadie sabía nada a ciencia cierta.

El 30 (17) de octubre por la noche, en la reunión del Soviet de Petrogrado en el Smolny, Trotsky condenó las afirmaciones de los periódicos burgueses de que el Soviet preparaba la insurrección armada como un intento contrarrevolucionario de desacreditar y frustrar el Congreso de los Soviets. «El Soviet de Petrogrado –dijo– no ha ordenado ninguna manifestación. Pero si se hace necesaria, no nos detendremos ante ella y nos apoyará toda la guarnición de Petrogrado... Ellos (el Gobierno) preparan la contrarrevolución y nosotros debemos responder a eso con una ofensiva decisiva e implacable...».

Era cierto que el Soviet de Petrogrado no había ordenado ninguna manifestación pero en el Comité Central del Partido bolchevique se examinaba ya el problema de la insurrección. El Comité permaneció reunido toda la noche del 23 (10) octubre. Allí estaba representada toda la flor intelectual del Partido, todos los líderes y también los delegados obreros y de la guarnición de Petrogrado. Los únicos intelectuales partidarios de la insurrección eran Lenin y Trotski. Hasta los militares estaban en contra. Se puso a votación. ¡La insurrección fue rechazada!

Entonces se levantó de su sitio un sencillo obrero, con el rostro contraído de ira. «Hablo en nombre del proletariado de Petrogrado –declaró con rudeza–. Nosotros estamos por la insurrección. Hagan lo que quieran, pero yo les declaro que como permitan la disolución de los Soviets, ¡no marcha-

remos más con ustedes por un mismo camino!». Se le adhrieron varios soldados. Después votaron de nuevo y la insurrección quedó decidida... *

No obstante, el ala derecha de los bolcheviques, dirigida por Riazánov, Kámenev y Zinóviev, prosiguió la campaña contra la insurrección armada. En la mañana del 31 (18) de octubre** apareció en *Rabochi Put* el primer fragmento de la *Carta a los camaradas*¹¹, de Lenin, una de las piezas de propaganda política más audaz que ha conocido el mundo. En ella Lenin presenta serios argumentos a favor de la insurrección y analiza en detalle todas las objeciones de Kánienev y Riazánov:

«...O el paso a los Liberdanes y la *franca* renuncia a la consigna “Todo el poder a los Soviets” o la insurrección. No hay término medio».

Aquel mismo día Pável Miliukov, líder de los kadetes, pronunció un tremebundo discurso en el Consejo de la República¹², condenó el mandato a Skóbelev como germanófilo, declaró que la “democracia revolucionaria” estaba matando a Rusia, se burló de Teréschenko y proclamó sin rodeos que prefería la diplomacia alemana a la rusa... Los escaños de las izquierdas crepitaban de indignación...

El Gobierno por su parte no podía dejar de tener en cuenta el significado de los éxitos de la propaganda bolchevique. El

* El curso de la discusión del problema de la insurrección armada en las históricas reuniones del Comité Central del Partido bolchevique de octubre de 1917 no ha sido expuesto correctamente. El acuerdo sobre la insurrección armada se tomó en una reunión cerrada del Comité Central del Partido el 23 (10) de octubre de 1917, a la que asistieron Lenin, Bubnov, Dzerzhinski, Zinóviev, Kámenev, Kollontái, Lómov, Sverdlov, Sokólnikov, Stalin, Trotski y Uritski. Contra la resolución propuesta por Lenin votaron Zinóviev y Kámenev. Seis días después, el 29 (16) de octubre, se celebró una reunión ampliada del CC del Partido a la que asistieron representantes de la Comisión Ejecutiva del Comité de Petrogrado del Partido de la organización militar, del Soviet de Petrogrado, de los sindicatos, de los comités de empresa, de los ferroviarios, y del Comité del Partido de la región de Petrogrado. En esta reunión Lenin dio lectura a la resolución adoptada en la reunión anterior del CC. En su intervención Lenin subrayó que la situación política objetiva, tanto en Rusia como en Europa, dictaba la necesidad de aplicar la política más resuelta y activa, que sólo podía ser la insurrección armada. Lenin propuso a la asamblea una resolución que aplaudiese y apoyase el acuerdo del CC sobre la insurrección (véase Obras, t. 26 pág. 165). La resolución fue aprobada por 19 votos contra 2 y 4 abstenciones. Zinóviev y Kámenev volvieron a votar contra la resolución del CC (N. de la Ed.).

** Inexacto en el autor. Este número apareció el 1 de noviembre (19 de Octubre) (N. de la Ed.).

29 (16) de octubre una comisión mixta del Gobierno y del Consejo de la República aprobó precipitadamente dos proyectos de ley, uno de los cuales entregaba con carácter temporal la tierra a los campesinos y el otro exigía una enérgica política exterior de paz. Al día siguiente Kerenski abolió la pena de muerte en el frente. Aquella misma tarde inauguróse con gran pompa la primera sesión de la nueva “Comisión de fortalecimiento del régimen republicano y de lucha contra la anarquía y la contrarrevolución”, de la que, por cierto, no se ha conservado la menor huella en la historia. A la mañana siguiente, junto con otros dos corresponsales, entrevisté a Kerenski¹³. Fue la última vez que recibí a los periodistas.

«El pueblo ruso –dijo con amargura– sufre las consecuencias de la ruina económica y de haberse desilusionado de los aliados. Todo el mundo cree que la Revolución rusa ha terminado. Cuidado con el error. La revolución rusa sólo está comenzando...». Palabras más proféticas de lo que tal vez él mismo creía.

Fue extraordinariamente borrascosa la reunión del Soviet de Petrogrado del 30 (17) de octubre a la que yo asistí y que se prolongó toda la noche. Se presentaron todos los intelectuales socialistas “moderados”, oficiales, miembros de los comités del Ejército y miembros del CEC. Contra ellos intervinieron sencilla y apasionadamente obreros, campesino y soldados rasos.

Un campesino relató los disturbios en Tver que, según él, habían sido provocados por la detención de los comités agrarios. «Este Kerenski sólo defiende a los terratenientes –gritaba–. ¡Ellos saben que la Asamblea Constituyente les quitará de todos modos la tierra y por eso quieren impedirlo!».

Un mecánico de la fábrica Putílov refirió cómo los encargados cerraban un taller tras otro con el pretexto de no haber combustible y materias primas. El comité de empresa según decía, había descubierto enormes stocks escondidos.

«Es una provocación –declaró–. ¡Quieren matarnos hambre u obligarnos a la violencia!».

Un soldado empezó así: «¡Camaradas: Os traigo un saludo de donde los hombres se cavan las tumbas y las llaman trincheras!».

Luego se levantó un soldado joven, alto y delgado, con los ojos llameantes. Lo recibieron con entusiastas aplausos. Era Chudnovski, a quien habían dado por muerto en la ofensiva de julio y ahora parecía haber resucitado.

«Las masas de soldados han perdido la fe en sus oficiales. Nos traicionan hasta los comités del Ejército: se niegan a convocar las reuniones de nuestro Soviet... Las masas de soldados exigen que la Asamblea Constituyente sea abierta en el plazo exacto señalado y el que pruebe a aplazarla será maldecido, y será maldecido no sólo platónicamente, porque el Ejército tiene además cañones...».

Contó cómo habían transcurrido en el V Ejército las elecciones a la Asamblea Constituyente. «Los oficiales, sobre todo los mencheviques y eseristas, tratan adrede de poner a los bolcheviques bajo las balas. ¡No se permite la entrada de nuestros periódicos en las trincheras, nuestros oradores son detenidos!...».

«¿Por qué no habláis de la falta de pan?» –gritó un soldado.

«¡No sólo de pan vive el hombre!» –respondió severamente Chudnovski.

A él le siguió un oficial, menchevique defensorista, delegado del Soviet de Vítebsk.

«El quid no está en quién tiene el poder. Nuestra desgracia no está en el Gobierno, sino en la guerra... pero la guerra hay que ganarla antes de realizar cualquier cambio...». Gritos, aplausos irónicos. «¡Estos agitadores bolcheviques son unos demagogos!». La sala estalla en carcajadas. «Olvidemos temporalmente la lucha de clases...». No le dejaron seguir. Alguien gritó: «¡Sí, eso es lo que tanto queréis!».

En aquellos días Petrogrado ofrecía un curioso espectáculo. En las fábricas, los locales de los comités estaban llenos de fusiles. Entraban y salían los enlaces, se instruía la Guardia Roja... En todos los cuarteles tenían lugar día y noche mítines

interminables y acaloradas discusiones. Por las calles, en las densas sombras de la noche transitaban compactas multitudes. Subían y bajaban por la Nevski como las olas de la marea. Los periódicos se conseguían a brazo partido... Los atraeos llegaron a tal extremo que era peligroso asomarse por las callejuelas laterales... Un día vi en la Sadávaya cómo un gentío de varios centenares de personas dio una mortal paliza a un soldado que había sido sorprendido robando... Misteriosos sujetos rondaban las colas del pan y de la leche y murmuraban a las desdichadas mujeres, que temblaban ha bajo la fría lluvia, que los judíos escondían los comestibles y que mientras el pueblo pasaba hambre los miembros del Soviet nadaban en el lujo.

En el Smolny, junto a la entrada principal y en las puertas laterales, había severos centinelas que pedían el salvoconducto a todos los que llegaban. Las habitaciones de los comités zumbaban las veinticuatro horas del día como colmenas, centenares de soldados y obreros dormían en el suelo, ocupando todos los lugares libres. Y arriba miles de personas se amontonaban en la vasta sala durante las tempestuosas reuniones del Soviet de Petrogrado.

Los casinos de juego funcionaban febrilmente de sol a sol; el champaña corría a ríos, las apuestas llegaban a doscientos mil rublos. Por las noches, en el centro de la ciudad vagaban por las calles y llenaban los cafés las prostitutas con brillantes y valiosas pieles...

Complots monárquicos, espías alemanes, planes vertiginosos de especuladores y contrabandistas...

Bajo la lluvia fría, que calaba hasta los huesos, y el cielo nublado y gris, la enorme ciudad agitada aceleraba su carrera al encuentro... ¿de qué?

* Véase *Notas y aclaraciones*. -J. Reed.

Capítulo III

EN VÍSPERAS

En las relaciones entre un Gobierno débil y el pueblo insurrecto tarde o temprano sobreviene un momento en que cada paso de la autoridad exaspera a las masas y cada negativa a la acción despierta en ellas el desprecio.

El proyecto de abandonar Petrogrado provocó una tempestad. La declaración pública de Kerenski de que el Gobierno no abrigaba tal propósito fue acogida con un chaparrón de burlas.

«Puesto entre la espada y la pared por la acometida de la Revolución –clamaba *Rabochi Put*– el Gobierno de los favoritos de la burguesía prueba a zafarse, prodigando las falsas afirmaciones de que no pensaba huir de Petrogrado ni quería entregar la capital...».

En Járkov* treinta mil mineros se organizaron y aprobaron el punto del preámbulo de los estatutos de los “Obreros Industriales del Mundo”**, que reza: «La clase de los obreros y la clase de los patronos no tienen nada de común». Los

* El autor se refería, por lo visto, a la cuenca hullera del Donets (N. de la Ed.).

** Obreros industriales del Mundo (I. W. W.): una de las organizaciones sindicales revolucionarias de masas de los EE.UU. Surgió en 1901 bajo la influencia de los acontecimientos revolucionarios en Rusia. Prácticamente dejó de existir en los años treinta, degenerando en una organización sectaria que había perdido sus anteriores vínculos con las masas. En la época de esplendor de I. W. W., John Reed tomó activa Participación en su labor (N. de la Ed.).

cosacos aplastaron la organización, muchos mineros fueron despedidos del trabajo y los restantes declararon la huelga general. El ministro de Comercio e Industria Konoválov mandó a su subsecretario Orlov, concediéndole amplios poderes para que pusiera fin a los disturbios. Los mineros odiaban a Orlov, pero el CEC no sólo apoyó este nombramiento, sino se negó a exigir la retirada de los cosacos de la cuenca del Donets...

A esto siguió el aplastamiento del Soviet de Kaluga. Los bolcheviques, que habían conquistado la mayoría en este Soviet, lograron la excarcelación de varios presos políticos. La Duma Municipal con la sanción del Comisario del Gobierno, llamó tropas de Minsk, que cañonearon con artillería el Soviet. Los bolcheviques capitularon, pero en el momento en que salían del edificio del Soviet los cosacos se arrojaron sobre ellos, gritando: «¡Aquí tenéis lo que les va a pasar a todos los demás Soviets bolcheviques, incluyendo los de Moscú y Petrogrado!». Este incidente conmovió a toda Rusia...

En Petrogrado concluía el Congreso Regional de los Soviets del Norte en el que los bolcheviques estaban representados por Krylenko. Por abrumadora mayoría de votos, el Congreso adoptó una resolución sobre la entrega de todo el poder al Congreso de los Soviets de toda Rusia. Antes de su clausura, el Congreso envió una salutación a los bolcheviques presos, anunciando que la hora de su liberación estaba próxima. Al mismo tiempo, la Primera Conferencia de Comités de Empresa¹ de toda Rusia se pronunció categóricamente por los Soviets, aprobando la siguiente resolución:

«...Después de haber derribado a la autocracia en el terreno político la clase obrera aspira a alcanzar el triunfo del régimen democrático también en el terreno de su actividad productiva. Expresión de este afán es la idea del control obrero, surgida de modo natural en el ambiente de ruina económica, originada por la criminal política de las clases dominantes...».

El Sindicato de Ferroviarios exigió la dimisión del ministro de Vías de Comunicación, Liverovski.

Skóbelev, en nombre del CEC, insistía en que el mandato fuera sometido al examen de la Conferencia General de los Aliados y protestaba formalmente contra el envío de Teréschenko a París. Teréschenko presentó su dimisión...

El general Verjovski, impotente para llevar a la práctica la reorganización del Ejército que había pensado, aparecía sólo de tarde en tarde en las reuniones del Consejo de Ministros...

El 3 de noviembre (21 de octubre) *Obschee Dielo*, de Búrtsev, apareció con el siguiente llamamiento, impreso en grandes caracteres:

«¡Ciudadanos! ¡Salvad a Rusia!

Acabo de enterarme de que ayer, en la reunión de la Comisión de Defensa del Consejo de la República, el ministro de la Guerra Verjovski, uno de los principales culpables del hundimiento del general Kornílov, propuso concluir la paz por separado con los alemanes, independientemente de los aliados...

¡Es una traición a Rusia!».

Teréschenko declaró que la propuesta del general Verjovski ni siquiera se había examinado en el Gobierno Provisional.

–Esto es una casa de locos –dijo Teréschenko.

Las palabras del general Verjovski horrorizaron a los miembros de la Comisión...

El general Alexéev lloró.

¡No! ¡No es una casa de locos! ¡Es peor! ¡Es una franca traición a Rusia!

Por las palabras de Verjovski deben respondernos inmediatamente Kerenski, Teréschenko y Nekrásov.

¡Ciudadanos, todos en pie!

¡Están traicionando a Rusia!

¡Salvadla!

Pero, en realidad, Verjovski había dicho que era necesario presionar a los aliados para proponer la paz porque el Ejército ruso no podía guerrear más.

En Rusia y en el extranjero esto causó tremenda sensación Verjovski recibió “permiso por enfermedad por tiempo indefinido y salió del Gobierno. *Obschee Dielo* fue suspendido...

Se había designado para el domingo, 4 de noviembre (22 de octubre) el “Día del Soviet de Petrogrado” con grandiosos mítines en toda la ciudad. Estos mítines se convocaron so pretexto de recaudar fondos para las organizaciones y la prensa de los Soviets; en realidad, debían ser una demostración de fuerza. De pronto, se supo la noticia de que los cosacos habían fijado para el mismo día una procesión para honrar el icono milagroso, que salvara de Napoleón Moscú en el año 1812. El ambiente estaba electrizado; la menor chispa podía prender el incendio de la guerra civil. El Soviet de Petrogrado publicó el siguiente llamamiento con el título de ¡Hermanos cosacos!:

«...Cosacos, os quieren enfrentar con nosotros, los obreros y soldados. Esta labor cainita la hacen nuestros comunes enemigos: la nobleza opresora, los banqueros, los terratenientes, los viejos funcionarios, los ex servidores del zar... Nos odian todos los usureros, ricachones, príncipes, nobles y generales y entre ellos los vuestros, los generales cosacos. Están dispuestos a aniquilar en todo momento el Soviet de Petrogrado, a estrangular la revolución...

El 22 de octubre alguien prepara una procesión cosaca. Es asunto de la libre conciencia de cada cosaco participar o no en la procesión. Nosotros no nos entrometemos en eso ni ponemos obstáculos a nadie...».

La procesión fue suspendida a toda prisa...

En los cuarteles y en los barrios obreros los bolcheviques predicaban su consigna «¡Todo el poder a los Soviets!», mientras los agentes de las fuerzas tenebrosas incitaban al pueblo a degollar a los judíos, a los tenderos y a los líderes socialistas...

Por un lado, la prensa monárquica instigando a la sangrienta represión, y, por otro, la voz estentórea de Lenin: «¡Insurrección!... ¡No se puede esperar más!».

Hasta la prensa burguesa se soliviantó². *Birzhevie Védomosti* (Boletín Bursátil) calificaba la propaganda bolchevique de atentado «a los pilares básicos de la sociedad, a la intangibilidad del individuo y al respeto por la propiedad privada».

Pero los que destilaban más odio eran los periódicos socialistas “moderados”³. «Los bolcheviques son los enemigos más peligrosos de la Revolución» declaraba *Dielo Naroda*. El menchevique *Dien* decía: «El Gobierno tiene el deber de defenderse y de defendernos». *Yedinsivo*⁴, el periódico de Plejánov, llamaba la atención del Gobierno sobre la circunstancia de que los obreros de Petrogrado ya se habían armado y exigía medidas resueltas contra los bolcheviques.

Pero el Gobierno era cada día más impotente. Hasta la administración municipal se había desmoronado. En las columnas de la prensa abundaban las noticias de los más audaces robos y asesinatos y los criminales quedaban impunes...

Mas, por otro lado, las patrullas obreras armadas custodiaban ya las calles por las noches, espantaban a los merodeadores y requisaban las armas que caían en sus manos.

El 1 de noviembre (19 de octubre), el coronel Polkóvnikov, comandante en jefe de la circunscripción militar de Petrogrado, dictó la siguiente orden:

«Pese a los graves días que atraviesa el país, en Petrogrado continúan haciéndose llamamientos irresponsables a las acciones armadas y los pogromos y van en aumento los robos y desmanes.

Esta situación desorganiza la vida de los ciudadanos y estorba el trabajo sistemático de los organismos del Gobierno y de la sociedad.

Consciente de la responsabilidad y del deber ante la patria, ordeno:

1. cada unidad militar, de acuerdo con disposiciones especiales, prestará en la zona de su emplazamiento todo género de cooperación a la municipalidad, a los comisarios y a la milicia en la defensa de las instituciones estatales y sociales;
2. conjuntamente con los comandantes de los distritos y con el representante de la milicia urbana, organizar patrullas

y tomar medidas para detener a los elementos delincuentes y a los desertores;

3. detener y enviar a disposición del 2º comandante de la ciudad a todas las personas que se presenten en los cuarteles, incitando a la lucha armada y a los pogromos;

4. no permitir manifestaciones, mítines y procesiones callejeras;

5. reprimir inmediatamente las acciones armadas y los pogromos con las fuerzas armadas que se tienen a disposición;

6. prestar concurso a los comisarios para impedir las detenciones y los registros arbitrarios;

7. dar parte inmediatamente al Estado Mayor de la circunscripción de todo lo que suceda en el sector de emplazamiento de las unidades.

Exhorto a los comités de las unidades y a todas las organizaciones del Ejército a prestar su concurso a los jefes en el desempeño de las tareas que se les han encomendado».

Kerenski declaró en el Consejo de la República que el Gobierno Provisional estaba perfectamente informado de la propaganda bolchevique y era bastante fuerte para reprimir cualquier manifestación⁵. Acusó a *Nóvaya Rus* y *Rabochi Put* de los mismos actos delictivos. «Pero la libertad de prensa absoluta –prosiguió– no permite al Gobierno adoptar medidas contra la mentira impresa...»*. Después de declarar que el bolchevismo y el monarquismo eran solamente distintas manifestaciones de una misma propaganda en interés de la contrarrevolución, tan apetecida por las fuerzas tenebrosas, continuó:

«Soy un hombre condenado, no me importa mi suerte y tengo el valor de declarar que todo el enigma de los acontecimientos se explica por una inconcebible provocación de los bolcheviques en la ciudad».

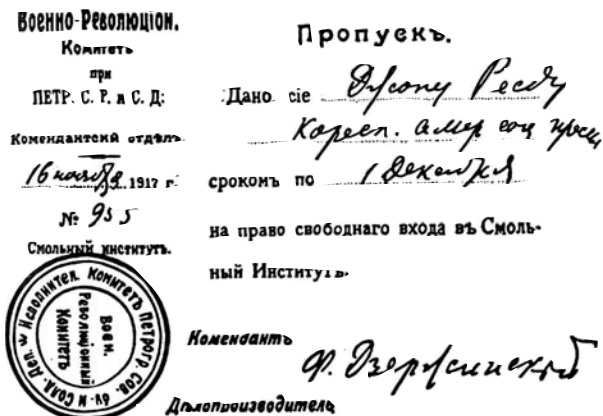
* Esta declaración no era sincera del todo. En julio el Gobierno Provisional había suspendido los periódicos bolcheviques y ahora disponía a hacer lo mismo -J. Reed.

El 2 de noviembre (20 de octubre) habían llegado al Congreso quince delegados nada más. Al día siguiente eran ya ciento veinticuatro, horas después ciento setenta y cinco, de ellos ciento tres bolcheviques... Para el quórum se necesitaban cuatrocientos y faltaban sólo tres días para el Congreso...

Yo pasaba casi todo el tiempo en el Smolny. Ya no era fácil entrar. El portón de afuera lo guardaba un doble cordón de centinelas y ante la entrada principal se prolongaba la larga cola de los que esperaban el pase. En el Smolny dejaban entrar cuatro personas a la vez, comprobando previamente la identidad de cada una y después de conocer el asunto que les llevaba. Se extendían pases, pero su sistema cambiaba varias veces al día porque los espías se colaban constantemente en el edificio...

Cierto día, al llegar al Smolny vi delante, junto al portón exterior, a Trotski y su esposa. Los había parado el centinela. Trotski se registraba todos los bolsillos, pero no podía encontrar el pase.

—No importa —acabó por decir—, usted me conoce. Soy Trotski.



Salvoconducto de John Reed con derecho a entrar en el Smolny

—¿Dónde está el pase? —respondió terco el soldado—. puede pasar, yo no conozco a nadie.

—Pero si soy el presidente del Soviet de Petrogrado.

—Bien —contestó el soldado—, si es usted una persona tan importante debe llevar encima cualquier papel.

Trotsky tenía mucha paciencia.

—Déjeme que vea al comandante —dijo.

El soldado titubeaba y gruñía que no había que molestar al comandante por cualquiera que llegase, pero finalmente llamó al cabo de guardia con un movimiento de cabeza. Trotsky le expuso su asunto.

—Me llamo Trotsky —repetía.

—Trotsky... —el cabo de guardia se rascó la nuca—. He oído ese nombre en algún sitio... —pronunció lentamente—. Bueno, pase, camarada.

En un pasillo me encontré con Karakhán, miembro del CC bolchevique*. Me contó cómo sería el nuevo Gobierno:

«Una organización ágil, sensible a la voluntad del pueblo, expresada por los Soviets y que conceda la mayor libertad a la iniciativa local. Ahora el Gobierno Provisional coarcta la democracia local lo mismo que bajo el zar... En la nueva sociedad la iniciativa partirá de abajo. Las formas de gobierno serán establecidas de acuerdo con los Estatutos del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. El Parlamento será el nuevo CEC, responsable ante el Congreso de los Soviets de toda Rusia, que debe reunirse con mucha frecuencia; los Ministerios serán dirigidos no por ministros individuales, sino por colegios que responderán directamente ante los Soviets».

El 30 (17) de octubre, poniéndome previamente de acuerdo con Trotsky, me presenté a él en una habitación pequeña y vacía del ático del Smolny. Estaba sentado en medio de la habitación sobre una simple silla, ante la mesa vacía. Tuve que hacerle muy pocas preguntas. Habló con rapidez y segu-

* Karakhán no era miembro del CC (N. de la Ed.).

ridad más de una hora. Cito lo más sustancial que dijo, conservando con exactitud sus expresiones;

«El Gobierno Provisional es completamente impotente. La burguesía lo controla, pero su control ha sido enmascarado mediante una coalición ficticia con los partidos defensistas. En el transcurso de toda la Revolución vemos rebelarse a los campesinos, atormentados por la espera de la tierra prometida. Así pues, el descontento ha prendido claramente en las clases trabajadoras de todo el país. La dominación de la burguesía sólo puede ejercerse mediante la guerra civil. La burguesía sólo puede gobernar con métodos kornilovistas, pero le faltan fuerzas... El Ejército está con nosotros. Los conciliadores y pacifistas, eseristas y mencheviques han perdido todo su prestigio porque la lucha entre los campesinos y los terratenientes, entre los obreros y los patronos, entre los soldados y los oficiales ha alcanzado un nivel extraordinario de encarnizamiento e intransigencia. La Revolución puede ser llevada a término y el pueblo puede ser salvado solamente con los esfuerzos mancomunados de las masas populares, solamente con la victoria de la dictadura proletaria...

Los Soviets son la representación popular más perfecta, perfecta por su experiencia revolucionaria y por sus ideas y objetivos. Apoyados directamente por los soldados de las trincheras, los obreros de las fábricas y los campesinos de aldea son la espina dorsal de la Revolución.

Hemos visto ya intentos de constituir un poder sin Soviets. Estos intentos sólo crearon la anarquía. En el momento actual, en los pasillos del Consejo de la República Rusa se fraguan toda clase de planes contrarrevolucionarios. El partido kadete es el representante de la contrarrevolución beligerante. En cambio, los Soviets son los representantes de la causa del pueblo. Entre estos dos campos no hay ni un solo grupo de seria importancia... Es la *lutte finale*, el último y decisivo combate. La contrarrevolución burguesa organiza todas sus fuerzas y sólo espera el momento conveniente para el ataque. Nuestra respuesta será terminante. Daremos cima a

la obra apenas iniciada en febrero e impulsada adelante en el período de la korniloviada...».

Pasó a la política extranjera del futuro Gobierno:

«Nuestro primer acto será un llamamiento a firmar el armisticio inmediato en todos los frentes y a celebrar una conferencia de todos los pueblos para examinar las condiciones democráticas de la paz. El grado de democratismo del tratado de paz dependerá del grado de apoyo revolucionario que encontremos en Europa; si formamos aquí el Gobierno de los Soviets será un poderoso factor a favor de una paz inmediata en toda Europa, pues el Gobierno hará la proposición del armisticio directa e inmediatamente a todos los pueblos por encima de las cabezas de los gobiernos. En el momento de la conclusión de la paz, la revolución rusa insistirá con todas sus fuerzas en el principio de “sin anexiones ni contribuciones, sobre la base de la libre autodeterminación de los pueblos” y en la creación de una República Federativa Europea...

Al final de esta guerra, yo veo una Europa renovada no por los diplomáticos, sino por el proletariado. Una República Federativa Europea, los Estados Unidos de Europa, eso es lo que debe haber. La autonomía nacional es ya insuficiente. El progreso económico exige la supresión de las fronteras nacionales. Si Europa queda fraccionada en grupos nacionales, el imperialismo continuará su obra. Sólo una República Federativa Europea puede dar la paz al mundo entero –afirmó con su fina sonrisa, un poco irónica–. Pero sin la intervención de las masas europeas estos objetivos no pueden alcanzarse por ahora...».

Todos aguardaban que un buen día apareciesen de súbito los bolcheviques en las calles y empezasen a fusilar a los que usaban cuellos almidonados. Pero en realidad el alzamiento se produjo con la mayor sencillez y a la luz del día.

El Gobierno Provisional se disponía a enviar la guarnición de Petrogrado al frente.

La guarnición de Petrogrado contaba con cerca de sesenta mil hombres y desempeñó un papel relevante en la Revolución. Fue precisamente ella la fuerza decisiva en los

grandes días de febrero, la que formó los Soviets de Diputados Soldados y la que rechazó a Kornílov de los accesos a Petrogrado.

Ahora había en ella muchísimos bolcheviques. Cuando el Gobierno Provisional habló de evacuar la ciudad, la guarnición de Petrogrado le respondió: «Una de dos... el Gobierno incapaz de defender la capital debe concluir una paz inmediata o, si es incapaz de concluir la paz, debe largarse y ceder el sitio a un Gobierno auténticamente popular...».

Estaba claro que cualquier intento de insurrección dependía por entero del comportamiento de la guarnición de Petrogrado. El plan del Gobierno consistía en sustituir los regimientos de la guarnición por unidades “seguras”: los cosacos y los “batallones de la muerte”, los comités de varios ejércitos, los socialistas “moderados” y el CEC apoyaban al Gobierno. En el frente y en Petrogrado se realizaba una amplia labor de agitación: decían que la guarnición de Petrogrado llevaba ya ocho meses una vida fácil en los cuarteles de la capital, mientras en el frente el Ejército sufría hambre y moría.

Por supuesto, había cierta parte de verdad en las palabras de los que acusaban a la guarnición de Petrogrado de no querer trocar el relativo confort por los horrores de la campaña de invierno. Pero existían también otras razones para negarse a marchar al frente. El Soviet de Petrogrado temía los designios del Gobierno y, por otro lado, del frente se presentaban centenares de delegados de los soldados rasos, que declaraban al unísono: «Es verdad, necesitamos refuerzos, pero necesitamos más todavía saber que aquí, en Petrogrado, la Revolución se encuentra bajo segura defensa... Mantened la retaguardia, camaradas, y nosotros mantendremos el frente...».

El 25 (12) de octubre, el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado examinó a puerta cerrada el problema de organizar un comité militar especial. Al día siguiente, la Sección de Soldados del Soviet de Petrogrado eligió un comité, que declaró inmediatamente el boicot a todos los periódicos burgueses y aprobó un voto de censura al CEC por su lucha contra el Congreso de los Soviets. El 26 (16) de octubre, en

una reunión pública del Soviet de Petrogrado, Trotski propuso que el Soviet sancionara formalmente el Comité Militar Revolucionario. «Debemos –dijo– crear una organización especial para marchar tras ella al combate y morir si es preciso...». Se decidió enviar al frente dos delegaciones –una del Soviet y otra de la guarnición– para las conversaciones con los comités de soldados y con el Cuartel General.

En Pskov, la delegación del Soviet fue recibida por el general Cheremísov, comandante en jefe del Frente del Norte, quien declaró brevemente que había ordenado ya a la guarnición de Petrogrado ocupar su puesto en las trincheras y no había más que hablar. A la delegación de la guarnición no se le permitió salir de Petrogrado...

La delegación de la Sección de Soldados del Soviet de Petrogrado pidió que se autorizase la entrada de un representante suyo en el Estado Mayor de la circunscripción de Petrogrado. Se lo negaron. El Soviet de Petrogrado exigió que sin la aprobación de la Sección de Soldados no se dictase ni una orden. Se lo negaron. Declararon sin contemplaciones a los delegados: «Nosotros sólo reconocemos el CEC. A ustedes no les reconocemos y si vulneran alguna ley, serán detenidos».

El 30 (17) de octubre* la asamblea de representantes de todos los regimientos de Petrogrado aprobó la siguiente resolución: «La guarnición de Petrogrado deja de reconocer al Gobierno Provisional. Nuestro Gobierno es el Soviet de Petrogrado. Acataremos solamente las órdenes del Soviet de Petrogrado, dadas por su Comité Militar Revolucionario». Se ordenó a las autoridades militares locales que esperasen instrucciones de la Sección de Soldados del Soviet de Petrogrado.

Al día siguiente, el CEC convocó su propia reunión, a la que asistieron en su inmensa mayoría oficiales, formó un comité especial para la labor conjunta con el Estado Mayor y envió sus comisarios a todos los distritos de Petrogrado.

* Esta asamblea se celebró el 31 (18) de octubre (N. de la Ed.).

El 3 de noviembre (21 de octubre) un gran mitin de soldados en el Smolny acordó:

«La guarnición de Petrogrado y sus alrededores aplaude la formación del Comité Militar Revolucionario anejo al Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado y promete al Comité Militar Revolucionario pleno apoyo en sus pasos encaminados a unir más estrechamente el frente con la retaguardia en interés de la Revolución.

Al propio tiempo, la guarnición de Petrogrado declara: toda la guarnición, junto con el proletariado organizado, vela por el orden revolucionario en Petrogrado. Cualquier intento provocador por parte de los kornilovistas y la burguesía de sembrar la cizaña y la confusión en las filas revolucionarias encontrará una réplica implacable».

Consciente de su fuerza, el Comité Militar Revolucionario exigió terminantemente que el Estado Mayor de la circunscripción de Petrogrado acatase sus disposiciones. Envío a todas las imprentas la orden de no imprimir sin su aprobación ningún llamamiento o proclama. En el arsenal de Kronverkski se presentaron unos comisarios armados y se apoderaron de una gran cantidad de armamento y pertrechos, deteniendo el envío de decenas de miles de bayonetas a Novoherkassk, Cuartel General de Kaledin...

Al verse de pronto en peligro, el Gobierno prometió al Comité la impunidad en caso de que se disolviera voluntariamente. Demasiado tarde. A la media noche del 5 de noviembre (23 de octubre), el propio Kerenski envió a Malevski al Soviet de Petrogrado con la propuesta de designar un representante para el Estado Mayor. El Comité Militar Revolucionario aceptó, pero al cabo de una hora el general Manikovski, en funciones de ministro de la Guerra, retiró la proposición...

El martes, 6 de noviembre (24 de octubre), por la mañana, toda la ciudad estaba alarmada por un llamamiento aparecido en las calles con la firma de «El Comité Militar Revolucionario anejo al Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado»:

«A la población de Petrogrado.

Ciudadanos: La contrarrevolución ha levantado su criminal cabeza. Los kornilovistas movilizan fuerzas para aplastar el Congreso de los Soviets de toda Rusia y frustrar la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Simultáneamente los pogromistas pueden tratar de provocar en las calles de Petrogrado la confusión y la degollina.

El Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado asume la protección del orden revolucionario frente a los atentados contrarrevolucionarios y pogromistas.

La guarnición de Petrogrado no tolerará ningún acto de violencia ni desmán. Se invita a la población a detener a los malhechores y a los agitadores de las centurias negras y a entregarlos a los comisarios del Soviet en la unidad militar más próxima. Al primer intento de los elementos tenebrosos de provocar en las calles de Petrogrado la confusión, los robos, apuñalamientos o tiroteos, los culpables serán barridos de la faz de la tierra.

Ciudadanos: Les invitamos a conservar la tranquilidad y serenidad. La causa del orden y de la Revolución está en firmes manos...».

El 3 de noviembre (21 de octubre), los líderes bolcheviques celebraron su histórica reunión. La reunión transcurrió a puerta cerrada. Yo había sido advertido por Zálkind* y aguardaba los resultados de la reunión al otro lado de la puerta, en el pasillo. Volodarski, que salió de la habitación, me contó lo que allí sucedía.

Lenin decía: «El 24 de octubre será demasiado pronto para actuar: para la insurrección se necesita una base en toda Rusia y el 24 no habrán llegado aún todos los delegados al Congreso. Por otro lado, el 26 de octubre será demasiado tarde para actuar: para entonces se habrá organizado el Congreso y a una gran asamblea organizada le es difícil adoptar medidas rápidas y resueltas. Debemos actuar el 25 de octu-

* Zálkind I. A.: activo participante de la Revolución de Octubre, miembro de la organización bolchevique de Petrogrado (N. de la Ed.).

bre, el día de la apertura del Congreso, para decirle: «¡Ahí está el poder! ¿Qué vais a hacer con él?».

En una de las habitaciones del ático estaba sentado un tal Ovséienko, de sobrenombre *Antónov*, fino de cara, largos los cabellos, matemático y ajedrecista, en otros tiempos oficial del Ejército zarista y más tarde revolucionario y deportado. Estaba enfrascado en los planes de toma de la capital.

El Gobierno, por su lado, se preparaba también para el combate. En Petrogrado se iban concentrando disimuladamente los regimientos más seguros, elegidos en las divisiones diseminadas por todo el frente. La artillería de los junkers se situó en el Palacio de Invierno. Por primera vez desde los días de la insurrección de julio aparecieron en las calles patrullas cosacas. Polkóvnikov dictaba una orden tras otra, amenazando sofocar la menor insubordinación «con las represalias más enérgicas». El ministro de Instrucción Pública Kishkin —el miembro del Gobierno más odiado— fue nombrado Comisario extraordinario para el mantenimiento del orden en Petrogrado. Designó como ayudantes suyos a Rútenberg y Pálchinski, tan impopulares como él. Petrogrado, Cronstadt y Finlandia fueron declarados en estado de guerra. El burgués *Nóvoe Vremia* declaró irónicamente con este motivo:

«¿Por qué el estado de guerra? El Gobierno ha dejado ya de ser poder, no posee ni la autoridad moral ni el aparato necesario que le permitiría usar la fuerza... En el mejor caso sólo puede negociar con los que estén de acuerdo en conversar con él. No tiene otro poder...».

El lunes, 5 de noviembre (23 de octubre), por la mañana, me asomé al Palacio Mariinski para enterarme de lo que se hacía en el Consejo de la República Rusa. Acalorados debates sobre la política exterior de Teréschenko. Ecos al incidente Búrtsev-Verjovski. Asisten todos los diplomáticos, menos el embajador italiano de quien decían que estaba completamente anonadado por el desastre de Carso...

En el momento en que yo entraba, el eserista de izquierda Karelin leía en voz alta un editorial del *Times* londinense, en el que se decía: «El bolchevismo hay que curarlo a balazos».

Volviéndose a los kadetes, Karelin gritó: «¡Ésos son también vuestros pensamientos!».

Voces de la derecha: «¡Sí! ¡Sí!».

«Sí, yo sé que ustedes piensan así –respondió acaloradamente Karelin–. ¡Pero atrévanse a intentarlo!».

A continuación Skóbelev, parecido a un tenorio mundano, de cuidada barba rubia y el cabello pajizo ondulado, como si pidiera perdón defendió el mandato del Soviet. Después de él intervino Teréschenko, recibido por la izquierda a gritos: «¡Dimisión! ¡Dimisión!». Insistió en que en la Conferencia de París los delegados del Gobierno y del CEC debían defender un punto de vista común y concretamente el punto de vista de Teréschenko. Unas palabras sobre el restablecimiento de la disciplina en el Ejército y sobre la guerra hasta la victoria... En medio del alboroto y de las tempestuosas protestas de la izquierda, el Consejo de la República Rusa pasa al orden del día.

Los escaños bolcheviques estaban vacíos desde el mismo día de la apertura del Consejo, en que los bolcheviques lo abandonaron llevándose toda la vitalidad. Cuando bajaba, iba pensando en que, pese a todas estas encarnizadas discusiones, en esta sala alta y fría no podía penetrar ni una sola voz viva del mundo real exterior y que el Gobierno Provisional se había estrellado ya contra el mismo acantilado de la guerra y la paz que fue en su día la perdición del Ministerio de Miliukov... Al entregarme el gabán el ujier rezongó: «¡Oh, qué va a ser de la desdichada Rusia!... Mencheviques, bolcheviques, trudoviques... Ucrania, Finlandia, los imperialistas alemanes, los imperialistas ingleses... Cuarenta y cinco años vivo en el mundo y nunca había oído tantas palabras».

En el pasillo me encontré con el profesor Shatski, un señor muy influyente en los medios kadetes con cara de rata y elegante levitón. Le pregunté qué pensaba del levantamiento bolchevique del que tanto se hablaba. Se encogió de hombros y sonrió:

«Son unos bestias, unos canallas –respondió–. No se atreverán, pero como se atrevan les enseñaremos lo que es

bueno... Desde nuestro punto de vista eso no estará mal porque su levantamiento fracasará y no tendrán ninguna fuerza en la Asamblea Constituyente...

Pero, querido señor, permítame que le bosqueje brevemente mi plan de organización de un nuevo Gobierno, que será sometido al examen de la Asamblea Constituyente. Comprende usted, yo soy el presidente de la comisión formada por el Consejo de la República conjuntamente con el Gobierno Provisional para redactar el proyecto de Constitución... Tendremos una asamblea legislativa de dos cámaras, igual que ustedes en los Estados Unidos. La cámara baja estará formada por representantes de las localidades y la alta por representantes de las profesiones liberales, de los zemstvos, de las cooperativas y de los sindicatos...».

En la calle soplaban por occidente un viento cortante y húmedo. El barro frío se filtraba a través de las suelas. Dos compañías de junkers desfilaron, marcando acompasadamente el paso, por la calle Morskaya arriba. Sus filas se mecían rítmicamente sobre la marcha: entonaban una vieja canción de soldados de los tiempos del zarismo... En la primera encrucijada me fijé en que los milicianos iban a caballo y habían sido armados con revólveres de fundas brillantes nuevecitas. Un pequeño grupo de gente los miraba callado. En la esquina de la Nevski compré el folleto de Lenin ¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder? y pagué por él un marco en papel; entonces circulaban estos marcos en vez de la moneda fraccionaria en plata. Como siempre se arrastraban los tranvías de los que colgaban racimos humanos de civiles y militares en tales actitudes que habrían puesto verde de envidia a Teodor Shont*... A lo largo de las paredes estaban en filas los desertores, con el uniforme militar, que vendían cigarrillos y pepitas de girasol.

Por toda la Nevski en la densa niebla la gente arrebatava a brazo partido las últimas ediciones de los periódicos o se

* Acróbata famoso en aquel tiempo (N. de la Ed.).

congregaba ante los carteles, tratando de orientarse en los llamamientos y proclamas fijados en todas las paredes⁶. Había allí proclamas del CEC, de los Soviets Campesinos, de los partidos socialistas “moderados”, de los comités del Ejército, todos amenazaban, suplicaban y exhortaban a los obreros y soldados a permanecer en sus casas y apoyar al Gobierno...

Un auto blindado subía y bajaba despacio sin cesar, haciendo ulular la sirena. En cada esquina, en cada cruce se reunían compactas muchedumbres. Discutían acaloradamente los soldados y estudiantes. Descendía lentamente la noche, parpadeaban los escasos faroles, fluían las interminables oleadas humanas... Así sucedía siempre en Petrogrado antes de los disturbios.

La ciudad estaba nerviosa, atenta a cada ruido inesperado. Pero los bolcheviques no daban ningún síntoma de vida; los soldados continuaban en los cuarteles y los obreros en las fábricas... Entramos en un cinematógrafo junto a la Catedral de Kazán. Echaban una película italiana, llena de sangre, pasiones e intrigas. En la primera fila había varios marinos y soldados. Miraban la pantalla con pueril asombro sin comprender en absoluto para qué tantas correrías y tantos asesinatos.

Del cinematógrafo me fui corriendo al Smolny. En la habitación N° 10 del ático estaba reunido permanentemente el Comité Militar Revolucionario. Presidía un joven rubio, de unos dieciocho años, apellidado Lazimir. Al pasar junto a mí, se detuvo y me estrechó la mano con cierta timidez.

«¡La fortaleza de Pedro y Pablo se ha pasado ya a nuestro lado –dijo con alegre sonrisa–. Acabamos de recibir noticias el regimiento mandado por el Gobierno para apaciguar Petrogrado. Los soldados empezaron a sospechar que no era juego limpio, pararon el tren en Gátchina y nos enviaron delegados. ¿Qué pasa? –nos preguntaron– ¿Qué nos decis vosotros? Nosotros ya hemos aprobado una resolución en la que exigimos todo el poder a los Soviets. El Comité Militar Revolucionario les respondió: ¡Hermanos, os saludamos en nombre de la Revolución! Quedaos en vuestro sitio y esperad la orden».

«Nos cortaron todos nuestros cables telefónicos –comunicó–. Pero los telefonistas del Ejército han instalado un teléfono de campaña para comunicar con las fábricas y los cuarteles...».

En la habitación entraban y salían continuamente enlaces y comisarios. A la puerta montaban guardia doce voluntarios dispuestos a salir corriendo en cualquier momento para la parte más alejada de la ciudad. Uno de ellos, un hombre con cara de gitano y uniforme de teniente, me dijo en francés: «Todos están prestos a actuar a la primera señal».

Pasaban: Podvoiski, un hombre de paisano, delgado y barbudo en cuyo cerebro se gestaban los planes de operaciones de la insurrección: Antónov, sin afeitar, con la tirilla sucia, tambaleándose de sueño; Krylenko, un soldado rechoncho, carirredondo, de animada gesticulación y habla enérgica; Dybenko, enorme marino barbudo de semblante tranquilo. Tales eran los hombres de esta batalla por el poder de los Soviets y de las batallas venideras.

Abajo, en el local de los comités de empresa, se encontraba Serátov. Firmaba las órdenes para el arsenal del Gobierno: ciento cincuenta fusiles para cada fábrica... Ante él aguardaban su turno cuarenta delegados.

Vi en la sala a varios líderes bolcheviques más o menos conocidos. Uno de ellos me enseñó un revólver. «¡Ha empezado! –dijo. Estaba pálido–. Nos alcemos o no, el enemigo sabe ya que es hora de acabar con nosotros o morir».

El Soviet de Petrogrado permanecía reunido las veinticuatro horas seguidas. Cuando entré en la gran sala, Trotski estaba terminando su discurso.

«Nos preguntan –decía–, si pensamos, organizar un levantamiento. Yo puedo responder claramente a esta pregunta. El Soviet de Petrogrado comprende que ha llegado por fin el momento en que todo el poder debe pasar a manos de los Soviets. Este cambio de poder lo hará el Congreso de toda Rusia. El alzamiento armado dependerá de los que quieren frustrar la convocatoria del Congreso de toda Rusia.

Para nosotros está claro que nuestro Gobierno, representado por los hombres del gabinete provisional, es un Gobierno miserable e impotente, que sólo espera el escobazo de la historia para ceder su puesto a un Poder auténticamente popular. Pero nosotros aún en este momento, aún hoy tratamos de evitar el choque. Esperamos que el Congreso de los Soviets de toda Rusia tome en sus manos el poder, que se apoye en la libertad organizada de todo el pueblo. Pero si el Gobierno intenta aprovechar el corto tiempo –24, 48 o 72 horas– que lo separa todavía de la muerte para agredirnos, responderemos con el contraataque. ¡Responderemos golpe por golpe, al hierro con el acero!».

Bajo una tempestad de aplausos Trotski comunica que los eseristas de izquierda han accedido a enviar a sus representantes al Comité Militar Revolucionario.

Al salir del Smolny a las tres de la madrugada, me fijé en que a ambos lados de la entrada había ametralladoras y que las puertas y los cruces más cercanos estaban custodiados por fuertes patrullas de soldados. Subió corriendo por la escalera Bill Shátov*. «¡Bueno –gritó–, hemos empezado! Kerenski mandó a los junkers a cerrar nuestros periódicos *Soldat* y *Rabochi Put*. Pero se presentó un destacamento nuestro y arrancó los precintos y ahora nosotros mandamos gente para ocupar las redacciones burguesas!». Me palmeó alegremente en el hombro y siguió corriendo...

El 6 de noviembre (24 de octubre) por la mañana yo tenía que hablar con el censor, cuya oficina se encontraba en el Ministerio de Negocios Extranjeros. En las calles todas las paredes estaban llenas de proclamas que llamaban histéricamente al pueblo a observar “calma”. Polkóvnikov dictaba una orden tras otra:

* Le conocen bien los participantes del movimiento obrero norteamericano. -J. Reed.

Se tiene en cuenta a Vladímir Serguéievich Shátov, que había regresado de América en junio de 1917; uno de los organizadores de “Obreros Industriales del Mundo”; en 1917, miembro del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado y de la presidencia del Consejo Central de los comités de empresa; posteriormente comunista (N. de la Ed.).

«Ordeno a todas las unidades y destacamentos permanecer en sus cuarteles mientras no reciban órdenes del Estado Mayor de la circunscripción.

Queda terminantemente prohibida toda actuación por propia iniciativa.

Los oficiales que intervengan, contraviniendo las órdenes de sus superiores, serán puestos a disposición del tribunal militar, por delito de rebelión armada.

Queda terminantemente prohibido a la tropa el cumplimiento de toda clase de órdenes que emanen de diferentes organizaciones...».

Los diarios de la mañana comunicaron que el Gobierno había suspendido los periódicos *Nóvaya Rus*, *Zhivoe Slovo*, *Rabochi Put* y *Soldat* y ordenado la detención de los dirigentes del Soviet de Petrogrado y de los miembros del Comité Militar Revolucionario.

Cuando yo atravesaba la Plaza del Palacio, cruzaron el arco del Estado Mayor Central cabalgando con estruendo varias baterías artilleras de los junkers y formaron frente al Palacio. El enorme edificio rojo del Estado Mayor Central parecía extraordinariamente animado. A la puerta había estacionados varios automóviles; continuamente llegaban y arrancaban nuevos automóviles repletos de oficiales. El censor estaba tan emocionado como un niño pequeño cuando lo llevan al circo. «¡Kerenski –me dijo– acaba de ir al Consejo de la República a presentar la dimisión!». Salí corriendo para el Palacio Mariinski y llegué al final de un discurso apasionado y casi incoherente de Kerenski, lleno todo de justificaciones y de biliosos ataques a los adversarios políticos.

«Para no hacer afirmaciones gratuitas –decía Kerenski– voy a citarles aquí los párrafos más concretos de varias proclamas publicadas en el periódico *Rabochi Put* por el reo de Estado Uliánov-Lenin, a quien buscamos, pero que hasta ahora no ha sido encontrado. En varias proclamas con el título de *Carta a los camaradas*, este reo de Estado incitaba al proletariado y a las tropas de Petersburgo a repetir la expe-

riencia del 3-5 de julio y demostraba la necesidad de emprender la inmediata insurrección armada...

Al mismo tiempo que estos llamamientos se producen varias intervenciones de otros dirigentes del Partido bolchevique en reuniones y mítines en las que también incitan a la inmediata insurrección armada. En este aspecto hay que destacar sobre todo la intervención de Bronshtéin-Trotsky, presidente del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petersburgo.

En toda una serie de manifestaciones, los artículos de *Rabochi Put* y *Soldat* coinciden en la terminología y el estilo con los artículos de *Nóvaya Rus*.

Nos encontramos no tanto con un movimiento de tal o cual partido político como con la utilización de la ignorancia política y de los instintos criminales de una parte de la población; nos encontramos con una organización especial que se propone como objetivo provocar a toda costa en Rusia una ola ciega de destrucción y pogromos.

Con el actual estado de ánimo de las masas un franco movimiento en Petersburgo será acompañado inevitablemente de las gravísimas consecuencias de los pogromos, que cubrirán de oprobio para siempre el nombre de la libre Rusia.

Es muy sintomático que, como reconoce el propio organizador de la insurrección Uliánov-Lenin, «la situación de los flancos de la extrema izquierda de los socialdemócratas rusos es particularmente favorable...».

Aquí Kerenski dio lectura a la siguiente cita de un artículo de Lenin:

«Reflexionemos un momento: los alemanes, en condiciones diabólicamente difíciles, teniendo sólo a Liebknecht (e incluso él deportado), sin periódicos, sin libertad de reunión, sin Soviets, con una increíble hostilidad de todas las clases de la sociedad, hasta el último campesino acomodado, a la idea del internacionalismo, con un magnífico grado de organización de la gran burguesía imperialista y de la burguesía media y pequeña, los alemanes, es decir, los revolucionarios internacionalistas alemanes, los obreros vestidos con la blusa de ma-

rinos, organizaron una insurrección en la Marina, con probabilidades si acaso de una por cien.

Y nosotros, teniendo decenas de periódicos y libertad de reunión, teniendo la mayoría en los Soviets, nosotros, internacionalistas proletarios situados mejor que nadie en el mundo, ¿nos negaremos a apoyar a los revolucionarios alemanes con nuestra insurrección?».

Kerenski prosiguió:

—Así pues, los propios organizadores reconocen implícitamente que en Rusia existen hoy las condiciones políticas más perfectas para la libertad de acción de todos los partidos políticos, y existen bajo la administración del actual Gobierno Provisional, al frente del cual está, según el Partido bolchevique, el ministro-presidente Kerenski, un usurpador y un hombre vendido a la burguesía...

Los organizadores de la insurrección no ayudan al proletariado de Alemania, sino a las clases gobernantes de Alemania, abren el frente ruso ante el puño blindado de Guillermo y sus amigos... Para el Gobierno Provisional son indiferentes los motivos, es indiferente que se trate de un acto consciente o inconsciente; pero, en todo caso, desde esta tribuna, consciente de mi responsabilidad, yo califico tales actos de un partido político ruso como actos de traición a Rusia...

Yo me sitúo en el punto de vista jurídico: he propuesto abrir inmediatamente una investigación y efectuar las detenciones pertinentes —tumulto en los escaños de las izquierdas—.

—¡Sí, escuchen! —exclamó con voz tonante Kerenski—, en el momento en que el Estado se encuentra en peligro por una traición consciente o inconsciente, el Gobierno Provisional y yo con él preferimos antes la muerte y el exterminio que traicionar la vida, el honor y la independencia de, Rusia...

En este momento entregaron un papel a Kerenski.

—Acabo de recibir copia de un documento que se está distribuyendo por los regimientos. —Y leyó en voz alta:

—El Soviet de Petrogrado está amenazado... Ordeno mantener el regimiento en plena disposición de combate y aguardar órdenes ulteriores. Toda demora o incumplimiento de es-

ta orden será considerada como un acto de traición a la Revolución. El Comité Militar Revolucionario. Por el Presidente, Podvoiski. El Secretario, Antónov.

—En realidad —continuó Kerenski—, se trata de un intento de levantar al populacho contra el orden vigente, malograr la Asamblea Constituyente y abrir el frente ruso ante los regimientos compactos del puño de hierro de Guillermo. Digo con toda intención “populacho” porque toda la democracia consciente y su CEC, todas las organizaciones del Ejército, todo lo que es y debe ser el orgullo de la Rusia libre, la razón, la conciencia y el honor de la gran democracia rusa, protestan contra esto.

No he venido aquí a implorar, sino con la convicción de que el Gobierno Provisional, que defiende en estos momentos la nueva libertad... encontrará unánime apoyo, excepto en los hombres que no se deciden nunca a decir valientemente la verdad a la cara.

El Gobierno Provisional jamás violó la libertad de los ciudadanos del Estado ni sus derechos políticos.

Pero en estos momentos, el Gobierno Provisional declara que aquellos elementos de la sociedad rusa, aquellos grupos y partidos que se atrevan a atentar contra la libre voluntad del pueblo ruso, amenazando al propio tiempo con abrir el frente a Alemania, serán inmediata, resuelta y definitivamente liquidados... Que sepa la población de Petrogrado que encontrará un poder firme y tal vez en la última hora o minuto triunfen la razón, la conciencia y el honor en el corazón de quienes todavía los conservan.

Durante todo este discurso en la sala reinaba un clamor ensordecedor. Cuando el ministro-presidente, pálido y sofocado, se calló y abandonó la sala con su séquito de oficiales, empezaron a desfilar por la tribuna los oradores de las izquierdas, que atacaban con dureza e indignación a las derechas. Hasta los socialistas-revolucionarios declararon por boca de Gots:

—La política de los bolcheviques, que juegan con el descontento popular, es demagógica y criminal. Pero es indudable que toda una serie de demandas populares no ha obtenido satisfacción hasta ahora... Los problemas de la paz, de la tierra y de la democratización del Ejército deben ser planteados en tal forma que ningún soldado, obrero o campesino pueda albergar la menor duda de que el Gobierno aspira firme e invariablemente a resolverlos...

Los mencheviques y nosotros no queremos provocar una crisis ministerial, estamos dispuestos a defender con toda energía y hasta la última gota de sangre al Gobierno Provisional, pero solamente en caso de que el Gobierno Provisional se pronuncie sobre todos estos problemas candentes con las palabras exactas y claras, que el pueblo espera con tanta impaciencia...

Luego habló MártoV, furioso:

—Las palabras del ministro-presidente, que se ha permitido hablar del populacho cuando se trata de un movimiento de partes importantes del proletariado y del Ejército, aunque en una dirección equivocada, son una instigación a la guerra civil. —Aplausos en los escaños de la izquierda.

Se aprobó la fórmula de transición propuesta por las izquierdas. Equivalía prácticamente a retirar la confianza al Gobierno:

«1. El movimiento armado, que se viene preparando en los últimos días y que se propone como fin la toma del poder, amenaza con provocar la guerra civil y crea condiciones favorables para los pogromos y la movilización de las centurias negras contrarrevolucionarias, hará imposible inevitablemente la convocatoria de la Asamblea Constituyente, llevará a una nueva catástrofe en el frente y al fracaso de la Revolución en circunstancias en que está paralizada en absoluto la economía nacional y el país se encuentra en completa ruina.

2. El terreno para el éxito de la agitación arriba mencionada está creado, aparte de por las condiciones objetivas de la guerra y del desbarajuste económico, por el retraso en la aplicación de medidas inaplazables, y por ello es necesario,

en primer lugar, un decreto urgente sobre la entrega de la tierra a los comités agrarios y una acción enérgica en la política exterior, proponiendo a los aliados proclamar las condiciones de la paz y entablar las negociaciones sobre ésta.

3. Para combatir las manifestaciones activas de anarquía y del movimiento pogromista, es necesario tomar medidas urgentes, encaminadas a su liquidación, e instituir a este fin en Petrogrado un Comité de Salvación Pública, formado por representantes del municipio y de los organismos de la democracia revolucionaria, que actúe en contacto con el Gobierno Provisional».

Es curioso destacar que por esta resolución votaron también los mencheviques y los eseristas. Cuando Kerenski se enteró, invitó a Avxéntiev al Palacio de Invierno para pedirle explicaciones. «Si esta resolución expresa la desconfianza en el Gobierno Provisional –declaró a Avxéntiev– le propongo que forme nuevo gabinete». Entonces los líderes conciliadores Dan, Gots y Avxéntiev perpetraron su última “conciliación”. Explicaron a Kerenski que la resolución no significaba una crítica del proceder del Gobierno.

En la esquina de las calles Morskaya y Nevski destacamentos de soldados, armados de fusiles con la bayoneta calada, detenían todos los automóviles particulares, hacían bajar a sus ocupantes y enviaban los vehículos al Palacio de Invierno. Les miraba un gran gentío. Nadie sabía si aquellos soldados eran partidarios del Gobierno Provisional o del Comité Militar Revolucionario. Junto a la Catedral de Kazán ocurría otro tanto. Los automóviles se dirigían desde allí por la Nevski arriba. De pronto aparecieron cinco o seis marinos armados con fusiles. Riendo excitados, entablaron conversación con dos soldados. En sus gorros marineros llevaban las inscripciones del *Aurora* y *Zariá Svobody* (*Alborada, de la Libertad*), nombres de los cruceros bolcheviques más conocidos de la Flota del Báltico. «¡Viene Cronstadt!» dijo uno de los marinos. Estas palabras significaban lo mismo que en el París del año 1792 cuando decían: «¡Vienen los marseleses!». Porque en Cronstadt había veinticinco mil marinos y

todos eran bolcheviques convencidos, dispuestos a ir a la muerte.

Había aparecido ya *Rabochi i Soldat*. Toda su primera plana la llenaba un llamamiento en grandes caracteres tipográficos:

«¡Soldados! ¡Obreros! ¡Ciudadanos!

Anoche los enemigos del pueblo pasaron a la ofensiva. Los oficiales kornilovistas del Estado Mayor han intentado llamar a Petrogrado a los junkers y batallones de choque de los alrededores. Los junkers de Oranienbaum y el batallón de choque de Tsárskoe Seló se han negado a intervenir. Se fragua un golpe traidor contra el Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado... La campaña de los conspiradores contrarrevolucionarios va dirigida contra el Congreso de los Soviets de toda Rusia en vísperas de su apertura, contra la Asamblea Constituyente, contra el pueblo. El Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado defiende la revolución. El Comité Militar Revolucionario dirige la réplica a la acometida de los conspiradores. Toda la guarnición y todo el proletariado de Petrogrado están dispuestos a asestar un golpe demoledor a los enemigos del pueblo.

El Comité Militar Revolucionario ordena:

1. Todos los comités de regimiento, de compañía y del mando, junto con los comisarios del Soviet, todas las organizaciones revolucionarias deben permanecer reunidos en sesión continua, concentrando en sus manos todos los datos sobre los planes y acciones de los conspiradores.

2. Ni un solo soldado debe ausentarse de su unidad sin permiso del Comité.

3. Enviar inmediatamente al Instituto Smolny dos representantes de cada unidad y cinco de cada Soviet distrital.

4. Dar cuenta inmediatamente al Instituto Smolny de todas las acciones de los conspiradores.

5. Se invita a todos los miembros del Soviet de Petrogrado y a todos los delegados al Congreso de los Soviets de to-

da Rusia a personarse inmediatamente en el Instituto Smolny para una reunión extraordinaria.

La contrarrevolución ha levantado su criminal cabeza.

Un gran peligro amenaza todas las conquistas y esperanzas de los soldados, obreros y campesinos. Pero las fuerzas de la revolución son muy superiores a las de sus enemigos.

La causa del pueblo está en firmes manos. Los conspiradores serán aplastados.

¡Nada de vacilaciones ni dudas! ¡Firmeza, valor, disciplina y decisión!

¡Viva la Revolución!

El Comité Militar Revolucionario».

El Soviet de Petrogrado permanecía reunido constantemente en el Smolny, en el centro de la tempestad. Los delegados no se tenían en pie y se dormían allí mismo, en el suelo, pero luego se despertaban para participar inmediatamente en los debates. Trotski, Kámeney y Volodarski hablaban seis, ocho y doce horas al día. Descendí a la planta baja, a la habitación 18, donde conferenciaban los delegados bolcheviques. La voz enérgica de un orador, que no se veía tras la gente, afirmaba con seguridad: «Los conciliadores dicen que estamos aislados. ¡No les hagáis caso! A fin de cuentas tendrán que seguirnos o se quedarán solos».

El orador levantó un papel: «¡Ya les arrastramos! Acaba de presentarse una delegación de los mencheviques y eseristas; dicen que condenan nuestros actos, pero que, si el Gobierno nos ataca, ¡ellos no lucharán contra la causa del proletariado!». Una tempestad de entusiasmo...

Con la llegada de la noche, la enorme sala se llenó de soldados y obreros, de un denso gentío pardioscuro, que zumbaba sordamente envuelto en humo azul de tabaco. El viejo CEC se decidió por fin a saludar a los delegados del nuevo Congreso, que le deparaba su hundimiento y tal vez el de todo el orden revolucionario por él creado. En esta reunión, sin embargo, sólo los miembros del CEC tenían derecho a voto.

Era ya más de la medianoche cuando Gots ocupó la presidencia y Dan subió a la tribuna en medio de un tenso silencio, que a mí me pareció casi amenazador.

«El momento que atravesamos está teñido de los colores más trágicos –comenzó diciendo–. El enemigo se encuentra a las puertas de Petrogrado, las fuerzas de la democracia intentan organizar la resistencia y, entretanto, esperamos una efusión de sangre en las calles de la capital y el hambre amenaza con matar no sólo a nuestro Gobierno, sino a la misma Revolución».

–Las masas están extenuadas y tienen sentimientos enfermizos. Han perdido el interés por la revolución. Si los bolcheviques comienzan a toda costa, será el fin de la Revolución... –Gritos: “¡Mentira!” –Los contrarrevolucionarios sólo esperan a los bolcheviques para emprender los pogromos y las matanzas... Si se produce cualquier subversión no habrá Asamblea Constituyente... –Gritos: “¡Mentira! ¡Es una vergüenza!”.

–Es totalmente inadmisibles que en la zona de operaciones militares la guarnición de Petrogrado se niegue a cumplir las órdenes del Estado Mayor. Deben subordinarse al Estado Mayor y al CEC que han elegido. Todo el poder a los Soviets es la muerte. Los bandidos y ladrones sólo esperan el momento para comenzar los saqueos e incendios. Cuando se lanzan consignas como “¡Entrad a saco en las casas, arrancad a los burgueses las botas y la ropa!...” –Tumulto. Gritos: “¡No ha habido tales consignas! ¡Mentira!”) –¡Es igual, se puede empezar de distintas maneras, pero el fin será ése!

–El CEC tiene poder y derecho para actuar y todos deben obedecerlo. ¡No tememos las bayonetas! El CEC protegerá la revolución con su propio cuerpo –Gritos: “¡Hace tiempo que es un cadáver!”».

Continuó el terrible tumulto en el que apenas podía distinguirse la voz de Dan cuando éste, poniendo en tensión todas sus fuerzas y dando puñetazos sobre el borde de la tribuna, gritó: «¡Quien incita a esto, comete un crimen!».

Una voz: «¡Vosotros cometisteis un crimen hace tiempo, cuando tomasteis el poder y lo entregasteis a la burguesía!».

Gots, agitando la campanilla de presidente: «¡Silencio o les hará salir de la sala!».

Una voz: «¡Haga la prueba!». Aplausos y silbidos.

–Nos referiremos ahora –prosiguió Dan– a la política de paz –Hilaridad–. Por desgracia, Rusia no puede continuar la guerra. Habrá paz, pero no será una paz permanente, no será una paz democrática... Hoy, en el Consejo de la República, nosotros, para evitar el derramamiento de sangre, hemos aceptado una fórmula de transición, que exige la entrega de la tierra a los comités agrarios y la apertura inmediata de negociaciones de paz. –Hilaridad y gritos: “¡Tarde!”.

En nombre de los bolcheviques subió a la tribuna Trotski, que fue recibido con atronadores aplausos. Toda la sala se puso en pie y le ovacionó. El rostro flaco y anguloso de Trotski tenía una expresión de maliciosa ironía mefistofélica.

«¡La táctica de Dan demuestra que las masas –amplias, necias e indiferentes– le siguen sin vacilar! –Homérica cargada–. El orador se vuelve con trágico gesto al presidente.

Cuando nosotros hablábamos de entregar la tierra a los campesinos, ustedes estaban en contra. Dijimos a los campesinos: ¡Si no os dan la tierra, tomadla! ¡Ahora los campesinos han seguido nuestro consejo y ustedes exhortan a lo que nosotros decíamos hace seis meses!

Creo que si Kerenski ha abolido la pena de muerte en el frente no ha sido impulsado por sus ideales. Creo que a Kerenski lo ha convencido la guarnición de Petrogrado, que se ha negado a obedecerle.

Hoy, acusan a Dan de haber pronunciado en el Consejo de la República un discurso que lo identifica como bolchevique enmascarado. Llegará el día en que el propio Dan diga que en la insurrección del 3-5 de julio tomó parte la flor de la Revolución. En la resolución de Dan, aprobada hoy por el Consejo de la República, no se hace ni la más leve alusión al reforzamiento de la disciplina en el Ejército, aunque este pun-

to ocupa un lugar muy importante en la propaganda menchevique...

¡No! ¡La historia de los últimos siete meses muestra que las masas han abandonado a los mencheviques! Los mencheviques y los eseristas derrotaron a los kadetes, pero cuando alcanzaron el poder se lo entregaron a los kadetes...

Dan os dice que no tenéis derecho a la insurrección. ¡La insurrección es un derecho inalienable de cada revolucionario! Cuando las masas oprimidas se levantan, siempre tienen razón».

Luego hizo uso de la palabra Líber, carilargo y mordaz, que fue recibido con irónico abucheo y risas.

«Marx y Engels decían que el proletariado no tiene derecho a tomar el poder hasta que no esté maduro para ello. En una revolución burguesa, como la nuestra, la toma del poder por las masas sería el fin trágico de la revolución. Como teórico socialdemócrata el propio Trotski es contrario a lo que les exhorta ahora». (Gritos: «¡Basta! ¡Fuera!»).

Luego habló Mártoov, constantemente interrumpido: «Los internacionalistas no se oponen a la entrega del poder a las fuerzas democráticas, pero desaprueban los métodos bolcheviques. No es éste el momento de tomar el poder».

Dan volvió a subir a la tribuna a protestar violentamente contra las acciones del Comité Militar Revolucionario, que había enviado un comisario para adueñarse de la redacción de Izvestia y para censurar este periódico. Se promovió un terrible alboroto. Mártoov intentaba hablar, pero no se le oía. Los delegados del Ejército y de la Flota del Báltico se levantaron de sus asientos, gritando que su Gobierno era el Soviet.

En medio de una espantosa confusión Erlij* propuso una resolución que invitaba a los obreros y soldados a conservar la calma y no responder a los provocadores que incitaban a las manifestaciones; se reconocía, además, la necesidad de crear inmediatamente un Comité de Seguridad Pública y

* Erlij: uno de los líderes mencheviques (N. de la Ed.).

también de que el Gobierno Provisional decretase urgentemente la entrega de la tierra a los campesinos y la apertura de las negociaciones de paz.

Entonces se levantó de un salto Volodarski, diciendo a gritos que en vísperas del Congreso de los Soviets, el CEC no tenía derecho a asumir las funciones de este Congreso. El CEC prácticamente ha fenecido, declaró Volodarski, y esta resolución no es más que una maniobra con el fin de sostener su agonizante poder.

«¡Nosotros, los bolcheviques, no votaremos por esta resolución!» Después, todos los bolcheviques abandonaron el salón de sesiones y la resolución pasó.

A eso de las cuatro de la madrugada encontré en el vestíbulo a Zorin. Tenía un fusil a la espalda.

–¡Hemos comenzado!⁷ –me dijo tranquilamente, pero satisfecho– Ya hemos detenido al subsecretario de Justicia y al ministro de Cultos. Están ya en el sótano. Un regimiento ha marchado a tomar la Central Telefónica, otro se dirige a Telégrafos y otro al Banco del Estado. La Guardia Roja ha salido a la calle...

En la escalinata del Smolny, en medio de la fría oscuridad, vimos por primera vez a la Guardia Roja: un grupito apretado de muchachos con ropa de faena. Sostenían en las manos los fusiles con las bayonetas caladas y conversaban nerviosos.

De lejos, por el oeste, por encima de los tejados silenciosos, se oía tiroteo de fusilería. Los junkers intentaban levantar los puentes del Neva para impedir que los obreros y soldados de la barriada de Vyborg se uniesen a las fuerzas armadas del Soviet, que se encontraban al otro lado del río, pero los marinos de Cronstadt volvieron a tender los puentes...

A nuestras espaldas resplandecía de luces y zumbaba como una colmena el enorme edificio del Smolny...